



EVA RIVER

Tu suerte

Serie «Rancho Anderson»

EVA RIVER

© Eva River, 2018

Imágenes de portada by Pikisuperstar.

Diseño de portada by Eva River.

Todos los derechos reservados.

Tabla de Contenido

[1](#)

[2](#)

[3](#)

[4](#)

[5](#)

[6](#)

[7](#)

[8](#)

[9](#)

[10](#)

[Serie «Rancho Anderson»](#)

[Contacto de la autora](#)

—Vamos, holgazanes —aulló, Declan, eufórico por la jornada de trabajo que se les venía—. Tenemos que mover estos caballos.

Levantando una nube de polvo, salió disparado en su caballo. Él y sus hermanos se habían ido a trabajar en la penumbra.

—¿A quién llamas holgazán? —dijo Josh pasándole adelante.

—Toma ese caballo pinto, Declan —gritó Travis.

El caballo corría como un condenado y se notaba asustado. Todos preferían dejar ese trabajo a Declan, mientras ellos tardaban horas para conseguir que el animal los obedeciera, Declan lo lograba sin siquiera sudarse un poco.

—Vamos, Declan —instó Josh.

El vaquero fue directamente hacia el caballo pinto. Parecía estar arrullando a un bebé, cantándole una canción de cuna, hablándole como a niño asustado.

Se metió la mano en el bolsillo y sacó una chocolatina, la desenvolvió y se la ofreció. El animal se echó para atrás y lanzó llamas con su enorme mirada.

—Tú te lo pierdes —le dijo Declan, encogiéndose de hombros.

El caballo se quedó inmóvil, sin quitarle los ojos de encima. Declan avanzó un poco más, el caballo no retrocedió. Un minuto después lo tenía a su merced, devorando la chocolatina.

—Tienes que hacer eso con las mujeres, Declan —se burló Josh.

Fulminó a su hermano con una mirada. Era el único soltero en el Rancho Anderson y no lo olvidaba ni por un segundo. Se lo recordaban día y noche. Hasta entonces no le había molestado su estado, pero ver a sus hermanos de la mano con una mujer hermosa a veces le daba un poco de envidia.

Si tan siquiera pudiera pasar una mañana sin que sus hermanos le recordaran que habían despertado al lado de una mujer y él no.

Sí, era muy consciente de muchas cosas. Todavía dormía en la misma habitación donde había dormido de niño, con carteles de jugadores de béisbol en las paredes y una pila de revistas *Horse Trader* junto a la cama.

Y una tierra que no podía poseer todavía. Demonios, creía que no la iba a tener jamás.

Suspiró y alcanzó a su padre. Pronto sus hermanos y Luis los flanquearon. Cada uno ensilló su caballo para ir a trabajar. El mal tiempo estaba llegando y debían llevar el ganado a los campos más cercanos, para vigilarlos.

Después de que terminaran con eso, tendría suficiente tiempo para ir a la pequeña ciudad de Vixen, sentarse en el bar y tomarse una cerveza o dos. Nunca dejaba de soñar con que una recién llegada se sentara en el taburete a su lado.

¿A quién estaba engañando? Vixen era una zona muerta. Todas las mujeres allí estaban casadas u olían a naftalina. Encontrar una mujer era más difícil que cualquier trabajo agotador del rancho.

Una hora más tarde uno de los terneros se separó del grupo, Declan agarró su cuerda.

—¡Déjalo, Declan! Tenemos más problemas aquí. Lo buscaremos luego.

Ignoró a Josh y observó cómo el ternero salía disparado. Podrían pasar horas buscándolo y podría ser demasiado tarde. Los coyotes podrían atraparlo.

No, no podía permitir que eso sucediera.

—Voy por él.

Varios gritos lo siguieron, pero él solo tenía ojos para el pequeño animal. Declan continuó, zigzagueando, su caballo era mucho más rápido y no tardó en alcanzar la distancia que había recorrido el ternero. Con un movimiento ágil tiró su cuerda y lazó al animal.

Otro grito llegó a los oídos de Declan. Miró hacia atrás y se le detuvo el corazón al ver media docena más de animales escaparse del grupo gracias al espacio que él había dejado al abandonar el perímetro.

Casi pudo escuchar a su padre regañándolo por ello.

—Maldita sea.

Saltó del caballo y como si fuera lo más simple del mundo ató al ternero a la silla de montar, colgando de las patas y de un salto volvió a montar al caballo. Josh y Travis pronto se pusieron a su lado, galopando para controlar el problema, peleando entre ellos y dando órdenes confusas a los perros.

Cuando Declan y sus hermanos entraron a la cocina seis pares de ojos femeninos se plantaron en ellos. Los ojos de Lizzie y Andrea se plantaron en los de sus esposos, con un brillo especial que hasta Declan podía verlo. Él, en cambio, tuvo que conformarse con el fugaz vistazo que le echó su madre.

Declan tomó su lugar habitual en la mesa, junto a Andrea y la bebé. Allie parecía una muñeca de porcelana con su cálida piel caramelo, igual que la de su madre, y sus ojos azules como los de todos los Anderson. Ese parecía ser el único rasgo que heredaban las pequeñas Anderson, ya que de la misma forma en que Allie se parecía a Andrea, la pequeña Emma era idéntica a Lizzie, pero con unos brillantes ojos azules. A diferencia de Ben, el hijo de cuatro años de Travis y Lizzie, que era una versión miniatura de Travis.

Declan le sonrió a Allie y deslizó un dedo por su mejilla perfectamente redonda mientras todos hablaban de la jornada. Los niños arrojaron la comida en todas direcciones, balbucearon, chillaron e incluso lloriquearon un poco durante todo el desayuno. Ahora Declan podía comprender por qué sus padres querían emparejarlos, el rancho había tomado vida desde que la familia comenzó a crecer.

Le habría gustado tener una hija, pensó al escuchar la elocuente carcajada de Emma.

—Luis y yo lo discutimos —dijo su padre—, mientras los mirábamos como tontos seguir a las vacas. La manada está más allá de nosotros. Definitivamente necesitamos otro ayudante para el rancho.

Declan lo asimiló. Agregar a alguien más era una buena idea, pero también presentaba problemas. La ganadería era un trabajo duro por poco dinero. Dividir las ganancias entre cinco era bastante difícil.

—Paga el salario del chico nuevo de mi parte —dijo, todos se quedaron en silencio—. No tengo una casa ni una familia que mantener. Puedo vivir con menos que ustedes.

—Pero, Declan...

El tono suave de Andrea le dio una sensación de vacío en el pecho.

—Lo digo en serio. No necesito más que una cama y comida, y ya lo tengo aquí. Con un poco de dinero para una cerveza y crema de afeitar estoy bien.

—¿Para qué necesitas crema de afeitar? Parece que no te has afeitado en un mes —dijo Josh.

—Mira quien lo dice.

La sombra de sus barbas era imposible de eliminar de sus caras y a Declan le daba pereza estar afeitándose cada día.

—Como sea —continuó el menor de los hermanos Anderson—, estoy dispuesto a dar más que el resto de ustedes para contratar a un ayudante.

John se aclaró la garganta.

—Es muy considerado de tu parte, hijo. Y si realmente no te importa, podemos tomar de tu salario los primeros dos meses. Luego, reevaluaremos y veremos si vale la pena, entonces encontraremos una forma de que no haga falta tal cosa. No pienso recortarte el salario indefinidamente.

Él asintió con la cabeza.

—¿Cómo vamos a encontrar a un ayudante? —preguntó Josh.

—Déjame a mí —dijo Travis.

El teléfono de Leo zumbó en el bolsillo trasero de sus ajustados vaqueros.

—Scott aquí —dijo, llevándose el aparato a la oreja.

—Por el amor de Dios, Leo, ¿acaso no es suficientemente malo que tu padre te haya dado el nombre de un hombre como para encima usar ese apellido que también es de lo más masculino?

Dejó escapar un suspiro y se preparó para la conversación con su madre.

—Si no te gustaba mi nombre, ¿por qué dejaste que él lo eligiera?

—Era un hombre de carácter, lo sabes. Se encargaba de todo.

—Incluso nombrar bebés, supongo.

Leo trató de mantener un tono ligero, pero desde que su padre había fallecido, ella y su madre habían estado constantemente de un lado para otro. Primero había sido la lectura del testamento y luego la noticia de que su madre vendía el rancho.

Su padre había trabajado duro para hacer crecer el rancho. Ella y sus hermanos podrían haber seguido adelante con él después de la muerte del jerarca, pero ellos no lo querían. Leo había sido la única que había amado el lugar con todo su corazón y se había roto la espalda junto a su padre. Pero era una contra el resto.

—¿Por qué llamas, mamá?

—Cariño, lo del rancho ya está hecho...

—¿Ya no es nuestro?

El pecho de Leo se apretó. Siempre había sido una vaquera, había

trabajado en el rancho desde que podía caminar, pero después de la batalla contra el cáncer de su padre, se había encargado en serio.

No era como su madre, una mujer sureña suave y mimada que dependía demasiado de su marido. Ella era fuerte y se sabía valer por sí misma.

—Sí, Leo. Pero el señor Adams me ha dicho que siempre tendrás un espacio en él.

Miró por la puerta del granero a los exuberantes campos verdes. Saber que el rancho ya no sería de la familia la hacía sentir como una intrusa.

—Mamá, creo que es hora de ir por mi cuenta.

—¿Adónde vas a ir?

—Encontraré algo. Tengo mucha experiencia en la ganadería.

—Oh, Leo, por favor dime que no estás planeando tomar un trabajo de vaquera.

—Es lo que amo, mamá, y no me veo haciendo otra cosa.

Los rancheros siempre necesitaban buenos trabajadores y ella era mucho de eso, pero una vaquera tenía que probarse a sí misma diez veces. Nadie daría un cinco por una pelirroja pequeña como ella.

Comenzaría con un anuncio. En todo caso, su padre le había dado un buen comienzo: su nombre. Nadie podría adivinar que era mujer hasta que estuviera en la entrevista de trabajo. Después de eso, su ingenio y habilidades le ganarían un lugar en el rancho.

—Declan —lo llamó su padre mientras tomaba una silla para sentarse a horcajadas—. Necesito que me eches una mano.

—Bien. ¿Necesitamos más semillas?

—No. Travis encontró un ayudante para el rancho y necesito que vayas por él.

—Esas son buenas noticias.

No lo sorprendía. Su hermano mayor siempre había sido rápido y eficiente.

—Su vuelo aterriza a las seis.

—¿De dónde viene?

—No lo sé. Esto es todo lo que Travis me dijo. Pensé que no te importaría hacer el viaje desde...

No necesitaba terminar. Declan sabía muy bien que él era el extra allí, el calcetín perdido. Sus hermanos ya tenían su propia tierra y sus propios asuntos, así que Declan era al que siempre recurría su padre.

Se levantó de la mesa.

—Será mejor que vaya ya si quiero llegar a tiempo. ¿Cuál es el nombre del chico?

—Leo Scott.

Declan asintió. La idea le emocionó un poco. desde que Travis y Josh estaban casados extrañaba tener un camarada. Con sus hermanos tan involucrados en sus propias vidas, estaba más solo de lo que quería admitir. Pero él y Scott podrían ir al bar un viernes por la noche o tal vez vagar por las ciudades más grandes para pasar un buen rato.

A medida que se acercaba al aeropuerto se sentía más satisfecho. Tener un par de manos extra en el rancho ayudaría mucho. Tal vez incluso tendría más tiempo para buscar una chica.

El sonido de una bocina lo hizo dar un respingo. Un automóvil deportivo pasó a su lado y tuvo que frenar de golpe.

—Malditos ciudadanos —gritó.

Para cuando llegó al aeropuerto estaba rechinando los dientes, odiaba conducir en la ciudad. Ansioso por recoger a Leo Scott y volver a la calma del rancho, aparcó en una zona de no estacionamiento. Claro, obtendría una multa, pero estaba dispuesto a pagar unos dólares extra por conveniencia.

El interior del aeropuerto estaba repleto de gente. Aparentemente, varios vuelos se habían atrasado debido a las tormentas. Declan se abrió paso a través del y mientras lo hacía le sonrió a una mujer joven y bonita que llevaba botas vaqueras demasiado brillantes como para ser más una declaración de moda que su calzado de diario.

Ella le devolvió la sonrisa y bajó la mirada con timidez. Lástima que no estuvieran en Vixen o incluso en alguna de las ciudades a dos horas de distancia del rancho, se habría interesado en ella. Podría hacer un largo viaje por un par de ojos marrones como esos.

Muy pocas personas usaban sombreros de vaquero allí y cualquiera podría ser Leo Scott. Declan miró todas las caras, tratando de encontrar alguien con pinta de ayudante de rancho, pero no estaba teniendo suerte.

Entonces una pequeña chica se acercó a él, llevaba un sombrero y unas botas a juego. Contuvo el aliento mientras la miraba.

Una mata de cabello rojo oscuro enmarcaba su rostro y sus cálidos ojos marrones lo miraban desde debajo del ala del sombrero. Su mente se apagó cuando saltó de sus ojos a su cuerpo esbelto. Muslos curvilíneos con vaqueros ceñidos, una cintura delgada hecha para abrazarse a ella y unos

pechos voluptuosos.

Esa mujer había salido directamente de la fantasía de cualquier hombre. Gritaba pecado por todas partes.

Se hizo a un lado para dejarla pasar, pero ella no se movió. Sin saber cómo reaccionar, miró por encima de su cabeza a la multitud, en busca de Leo Scott.

Una pequeña mano de la vaquera sexy se agitó frente a sus ojos.

—¿Puedo ayudarte, señorita?

Dios, tenía pecas doradas en el puente de la nariz.

—Eres quien vino por mí.

El aire abandonó sus pulmones como si hubiera sido pateado por un buey de dos toneladas. Mirándola a los ojos, luchó por darle sentido a lo que ella había dicho. Hablaba inglés, pero...

—¿Disculpa?

—Eres del el Rancho Anderson, ¿no? ¿Cuál es tu nombre?

—Declan Anderson —dijo distraídamente—. ¿Cómo supiste de dónde soy?

Ella señaló su ingle. No, su cintura.

—Reconocí el logo del rancho en la hebilla de tu cinturón.

Oh, sí. Todos los hombres en el rancho llevaban el óvalo de plata con el símbolo de los cuernos de buey y el nombre del rancho en letras pequeñas.

—¿Cuándo has visto una de estas hebillas?

—¿Qué?

Puede que fuera malditamente hermosa, pero estaba loca.

—¿Quién eres? —exigió.

Sus ojos mostraban una cautelosa resignación. Aun así, extendió su mano para estrechar la de él con toda la confianza de un viejo vaquero.

—Leo Scott. Tu nueva ayudante.

Su madre le había enseñado a no ser grosero y parecía que la vida lo estaba poniendo a prueba. Maldito Travis. ¿Sabía su hermano que el ayudante era una pequeña vaquera pelirroja que probablemente sabría más sobre sexo tántrico que de caballos?

Ahogó un gruñido de irritación.

—¿Eres la ayudante?

—Sí, soy Leo Scott.

Ella colocó una mano en su cadera, que solo hizo que sus curvas destacaran más. El cuerpo de Declan subió de revoluciones, muy consciente

de esa pequeña belleza.

¿Qué había pasado con su camarada y con las salidas al bar el viernes por la noche?

Joder, ese día estaba resultando una mierda.

—Pero no puedes ser la nueva ayudante. Tú eres...

Dejó que su mirada se deslizara sobre esas curvas malvadas que provocarían que un hombre sufriera un infarto si las miraba demasiado tiempo.

—¿Una vaquera trabajadora que se especializa en el ganado de carne al que se dedica tu rancho?

Se encendieron chispas doradas en sus ojos del color de la miel oscura.

—Eres muy pequeña para trabajar con ganado.

Ella ladeó la cabeza al tiempo que ponía los ojos en blanco, mientras un candado rojo se deslizaba por su clavícula. Declan lo siguió con la mirada.

—Un vaquero inteligente como tú, ¿lo eres?, debería saber que no es la fuerza detrás del vaquero, sino sus reacciones y la habilidad de su cuerda.

Cierto.

—Además de eso —continuó—, sé sobre veterinaria, crianza, nutrición, reproducción, selección, comercialización y administración.

Parecía un folleto universitario andante.

—Así que eres uno de esos cerebritos de la Universidad de Texas...

—No, aprendí todo lo que sé de mi padre.

Ah. Ella era la hija mimada de un ranchero que quería demostrar su valía. Probablemente estaba ahí por un capricho.

Declan se metió un pulgar en el bolsillo.

—Mira, no quiero insultarte.

—No has dejado de hacerlo ni por un momento.

Su tono descarado le infundió calor en una parte del cuerpo que era demasiado baja para llamarla estómago.

—Nos reventamos el culo en nuestro rancho, señorita, y no estoy seguro de que usted sepa lo que es eso...

—Lo que soy es que soy un maldito buen vaquero, igual o más que cualquiera con un pene entre las piernas —estalló.

—Vaquera —corrigió en el mismo tono.

Ella lo fulminó con la mirada, suspiró, recogió su maleta y comenzó a alejarse, caminando rápidamente hacia la salida.

Él miró su cuerpo por un segundo. Definitivamente necesitaba a una

mujer.

La alcanzó rápidamente.

—¿A dónde crees que vas?

—A buscar tu camioneta.

—No sabes cuál es.

—Tampoco sabía quién eras y aun así te encontré. —Ella giró para encararlo—. Tu familia me está esperando. Y, sabes, me pone de mal humor llegar tarde.

¿Qué iba a hacer con ella? Evidentemente, Travis creía que Leo Scott se adaptaba a las necesidades, mujer o no. De lo contrario no la habría contratado. Declan la miró.

Soltando un suspiro, dijo:

—Bien. Sígueme.

Salió del aeropuerto justo a tiempo para ver las luces intermitentes de la policía junto a su camioneta.

Leo apenas pudo contener una carcajada cuando Declan recibió la multa por estacionar en una zona prohibida. Con el ceño fruncido el hombretón se guardó el boleto en el bolsillo. Luego hizo un intento por agarrar su maleta.

Ella se agarró fuerte y no la soltó.

—De acuerdo. Entiendo.

—Voy a ponerla en la parte de atrás.

Con ojos entrecerrados, la vio arrojar su equipaje a la parte trasera de la camioneta y luego entrar sin esperar que le abriera la puerta.

Cuando él se puso detrás del volante, Leo vislumbró su espalda fuerte y sus hombros tensos.

—¿Es del 82? —preguntó. Él la miró, sorprendido—. Sé un poco sobre motores y eso. También de tractores y todo terreno, aunque algunos de los nuevos tienen sistemas eléctricos que aún no he descubierto.

—Bueno, la mayoría de nuestro equipo es viejo.

—Bien. No tendré ningún problema entonces.

Declan arrancó la camioneta y se lanzó al tráfico.

—No eres totalmente un chico del campo, ¿verdad?

—Por supuesto que soy todo un campesino. Pero no soy un «chico».

No, definitivamente era un hombre. Casi dos metros de fuerte y musculoso vaquero, pelo oscuro y ojos azules ardientes.

Cruzó las piernas y lo atrapó mirando.

—Para un chico de campo, eres bueno conduciendo en el tráfico.

¿Estaba oyendo sus dientes rechinar? El fuego azul brilló cuando la miró fijamente.

—No soy un vaquero tonto que nunca ve más que campos y ganado. Sé cómo conducir.

—Ya veo.

Su medio cumplido pareció calmarlo un poco. Desde las puntas de sus botas polvorientas hasta sus vaqueros gastados y todo el camino hasta la

mandíbula cuadrada, él era varonil como el infierno.

Incluso la sombra de cabello oscuro que brotaba alrededor de su boca le recordaba que no era un chico en absoluto, pero no pensaba admitirlo.

—¿De dónde eres?

—¿No sabes nada de mí?

—Sé que no eres un hombre.

La forma en que dijo eso, su tono tan profundo y grave, le hizo pensar que su mirada se había fijado en sus pechos como un perro en una carnicería.

—Del norte de Texas. Rancho Tres Lagos.

Decir el nombre del rancho tuvo el efecto deseado. Los ojos de Declan se agrandaron, revelando pestañas imposiblemente largas y espesas para un hombre.

Él silbó entre dientes.

—Vaya, ese rancho es conocido por todo el estado. ¿Cuántas hectáreas son?

—Se extiende a través de dos condados.

Él asintió.

—¿Cómo es que mi hermano no sabía que eras una mujer? —Su tono acusatorio coincidía con la expresión en sus ojos azul oscuro.

Ella había venido preparada para esa pregunta, pero todo lo que había ensayado antes se disipó de su memoria.

—Me contrató por correo electrónico. Solo necesitaba mi nombre y mis credenciales.

Él arqueó una ceja.

—Nunca conocí a una chica llamada Leo.

—Muchas chicas tienen nombres de chico.

Especialmente cuando tu padre quería un ejército de muchachos para hacerse cargo del rancho. Un rancho que ya no pertenecía a la familia gracias a su madre. Sin embargo, sus hermanos no estaban tan molestos como ella. Estaban diseminados por Texas con sus propios hogares o trabajando para otros rancheros. Solo el mundo de Leo había colapsado con esa venta.

—Veremos qué tan calificada estás...

—¿Planeas hacerme pasar algunas pruebas?

La miró y por primera vez sonrió.

—Ni lo dudes.

—Puedo defenderme.

—Espero que lo hagas. De lo contrario, te llevaré de vuelta al

aeropuerto.

¿En qué se había metido realmente? El Rancho Anderson había parecido una buena opción, ya no estaba tan segura. La química entre ella y ese Anderson era inexistente, por no decir algo peor.

—Tu familia ha trabajado en el rancho por décadas. ¿Por qué necesitan ayuda ahora? ¿Tu padre finalmente ha puesto sus huesos en la mecedora? —preguntó ella.

Él la miró casi divertido.

—No, mi padre está tan fuerte como un roble aún. Es por otras razones. Cuando él no amplió la explicación, ella carraspeó.

—Mis hermanos se casaron —continuó.

—¿Y no pueden con la ganadería?

—Es más duro ahora con ellos en sus propios terrenos. Hay más ganado y estamos demasiado ajustados. No podemos manejarlo todo.

Ella asintió.

—¿Entonces el rancho está dividido entre ustedes?

Sacudió la cabeza.

—Entre mis hermanos y mis padres.

A juzgar por su tono, no debía hacer más preguntas. Pero era una mujer curiosa. ¿Por qué los demás tenían parte en el rancho y él no? Tal vez era un paria o un niño enamorado. Su cerebro se abalanzó sobre eso y durante la siguiente media hora intentó imaginar la dinámica de la familia Anderson.

—Aquí es Vixen, la ciudad más pequeña del oeste —aclaró él cuando llegaron a la ciudad.

—No se ve tan pequeña.

—Si parpadeas, podría desaparecer. Pero hay algunas tiendas, un hotel y a veces incluso encuentras lo que necesitas. El municipio está intentando convertir esta parte del estado en un lugar turístico.

—¿Entonces esta es la ciudad más cercana al rancho?

Él la miró de soslayo antes de girar a la derecha, debido a la maniobra un libro cayó del tablero. Ambos estiraron la mano para atraparlo, pero con el choque de manos lo único que consiguieron fue que cayera boca arriba para revelar el título.

Todo sobre la fusión fría.

Leo agarró el libro y tal como lo creyó era un libro sobre energía nuclear. ¿Qué necesidad tenía un vaquero de tal información?

—¿Esto es tuyo?

—Sí. Ahora conoces mi secreto más oscuro. Siempre soñé con convertirme en científico, pero dedico de doce a catorce horas diarias al rancho, a veces más...

—No te gusta tu trabajo —aseveró.

—Amo mi trabajo. Excepto hoy.

—¿Por qué no?

—Tengo que entregar una ayudante de rancho a mi padre y mis hermanos. Tendré que entrenarla. Sin mencionar que además debo encontrarle un lugar para dormir.

Leo sonrió, tan dulce y encantadora como una serpiente.

La próxima vez que solicitara un trabajo en un rancho, quizá aclarara lo de su sexo. Quizá.

Cuando Declan giró hacia el rancho, aminoró la velocidad. Entre más se acercaba más empeoraba su humor. Maldito Travis. Ella podía ser buena a caballo, pero no tenía el músculo para completar la mayoría de las tareas que tenían allí.

La primera casa que aparecía en el camino era la de Travis, con un suspiro se dirigió allí.

Declan miró a Leo mientras se bajaba de la camioneta.

—Quédate aquí. Necesito hablar con mi hermano.

Golpeó la puerta tres veces y como nadie respondió de inmediato, la abrió y entró. Olía a flores y carne de res.

Lizzie salió de la cocina con Ben a cuestas.

—¿Pasa algo? —La preocupación brilló en sus grandes ojos.

—Necesito hablar con Travis. Sé que está aquí.

—Está duchándose. ¿Qué está pasando?

Cuando Travis apareció, llevaba el cabello mojado y solo vestía unos vaqueros viejos.

—¿Qué pasa? ¿Es mamá?

El shock atravesó a Declan.

—¿Qué? No. ¿Por qué crees que es mamá?

El alivio se grabó en las líneas alrededor de la boca de Travis.

—Irá al médico la próxima semana. Lizzie la va a llevar. Solo es eso...

—¿Qué? ¿Qué tiene?

Los labios de Lizzie se tensaron.

—Le duele un poco el pecho.

El corazón de Declan se detuvo por un instante.

—¿Soy el único que no sabía sobre esto?

—Mmm... supongo que sí, Declan.

Lizzie le dio a su hijo una galleta.

—¿Por qué estás aquí? —le recordó Travis.

Señaló a la puerta y a la mujer afuera en su camioneta.

—Acabo de recoger a la nueva ayudante del rancho. ¿Sabías que era una mujer?

La habitación quedó en silencio.

De repente, Lizzie se armó de valor.

—¿Leo Scott es una mujer?

—Mírala por ti misma.

—¿Y la dejaste en la camioneta? ¿Qué tipo de hospitalidad es esa, Declan?

Se dirigió a la puerta y salió al porche.

Travis y Declan la siguieron, junto con Ben.

Leo, por supuesto, no se había quedado quieta. Estaba fuera de la camioneta, acariciando al viejo perro del rancho. Otro shock atravesó a Declan. Maldita sea, ella era tan bonita... Pero pertenecía a una oficina con aire acondicionado donde pudiera hacerse la manicura en la hora de almuerzo, sin arrojar pacas de heno y retirar mierdas.

Lizzie se acercó a la pelirroja con una sonrisa genuina.

—Hola. Soy Lizzie Anderson. Bienvenida al rancho.

Leo se enderezó e inclinó su sombrero hacia atrás para saludar a Lizzie. Declan estaba de pie junto a su hermano, sintiéndose como un idiota por haberle dicho que no saliera de la camioneta. Solo había pensado en hablar con su hermano y luego llevarla de vuelta al aeropuerto.

Cuando Lizzie condujo a Leo hasta el porche, Declan supo que no podría deshacerse de ella. Ya podía imaginar a Lizzie haciéndose amiga de Leo, de la misma forma en que lo había hecho con Andrea.

—Apuesto a que tienes sed, ha hecho un calor horrible incluso para ser Texas. Te traeré un té dulce. Ben, ¿te gustaría ayudarme?

Maldición, no té el dulce, no. Era el beso de la muerte de Lizzie. Si Leo lo probaba jamás se iría.

Ben asintió con la cabeza y salió corriendo tras su madre.

Travis se acercó a Leo.

—Así que eres la nueva ayudante del rancho.

—Sí, estoy aquí, lista para probarme a mí misma.

Estrechó la mano de Travis fuerte y firmemente.

—Trabajamos duro aquí.

—Estoy lista para ello.

—Gracias por venir hasta aquí. Tienes una gran experiencia en el Rancho Tres Lagos.

¿Sabía Travis que era el rancho de su padre? ¿Que probablemente ella había alimentado a las gallinas y saqueado un puesto de caballos de vez en cuando?

—Espero ser útil aquí también. Qué hermoso terreno tienes.

—Lo llamamos hogar —dijo Travis y se volvió cuando su esposa apareció con una bandeja de té.

Travis y Lizzie se sentaron en un banco con su hijo entre ellos.

Leo aceptó un vaso y se dejó caer en una silla mecedero, mirando directamente al pequeño.

—¿Ayudaste a tu mamá a preparar este dulce té?

Él se sonrojó un poco, pero asintió.

—Vaya, pues les quedó delicioso.

Minutos después, Declan no pudo soportar más la conversación tan familiar y alegre, y habló:

—¿Terminaste con tu té? Tenemos cosas que hacer.

Lizzie puso los ojos en blanco y Leo le sonrió.

—Gracias, de verdad estaba delicioso —se despidió, dejando el vaso en la bandeja.

Cuando llegaron al pequeño cuarto donde ella iba a dormir, Leo no pudo evitar silbar.

Sobre la litera había una pila de mantas, almohadones y toallas sin orden alguno.

—Este no es el Hilton, pelirroja —dijo él—. Así que tu misma tendrás que hacer tu cama. Encuéntrame en el granero mañana a las cinco y media en punto.

Luego de decir eso desapareció con una sonrisa en la cara, que se le desapareció al escucharla riendo.

Pero ¿qué demonios?

¿No se suponía que debía estar lloriqueando?

3

Cuando Declan dobló la esquina del establo, Leo saltó de la madera fresca donde había estado esperándolo. Redujo la velocidad cuando la vio, una extraña mirada cruzó su rostro.

—Olvidé mencionarte sobre el primer desayuno.

Abrió la puerta y los olores de un granero limpio llegaron hasta ella.

—No, no lo hiciste.

—Mira, sé que no te he tratado como a una reina. Pero tampoco soy idiota como para hacerte aguantar hambre, Novata. Toma —le tendió un tupper con dos emparedados y termo con café.

—No soy una novata. Puedo hacer cualquier cosa que tú puedas hacer. Gracias —murmuró a regañadientes, sintiendo que se le encogía el estómago.

—Supongo que también debes de hacerlo mejor.

—Desde luego —respondió antes de echarse un buen bocado a la boca.

Sacudiendo la cabeza, Declan caminó hacia un lado del establo y agarró una bolsa de comida.

—Alimenta a los perros, yo me encargaré de los caballos.

Ella levantó la vista y vio a un grupo de cinco perros arremolinándose en la entrada. Estaban obviamente acostumbrados a ser alimentados a esa hora del día.

Ella encontró la comida para perros y luego buscó los tazones de comida, pero no encontró nada.

—Solo haz una pila en el piso. Ellos no dejarán ni un poquito.

—Oh, bien.

En el Rancho Tres Lagos, sus tareas matutinas habían sido alimentar a los animales y parte de esa tarea consistía en asegurarse de que los caballos tuvieran suficiente heno. Miró por encima de la puerta de un establo y vio que era mejor cambiar el heno por uno fresco.

Tomando las riendas, agarró un fardo y lo llevó hasta los puestos.

—¿Qué estás haciendo? —preguntó Declan con irritación.

—Voy a ponerle heno a los caballos.

—No lo hacemos así.

Ella lo miró un momento, esperando instrucciones, pero él no dijo nada más.

—Idiota —murmuró en voz baja sin dejar de apilar el heno.

Examinó la pila. Las pacas descansaban sobre paletas y a menudo el heno se sacudía libremente y caía entre las grietas.

Comenzó a mover las pacas de las paletas hasta revelar una pila de heno en el piso. Declan regresó a su lado justo para verla revolver el heno con la punta de su bota un segundo antes de que un ratón se escabullera.

—Justo como pensaba —dijo.

—Sí, es un granero. ¿Esperas que tengamos un servicio de control de plagas?

Ella encontró su mirada y lo fulminó. A juzgar por su estado de ánimo, Declan no era una persona madrugadora. Por alguna razón, la idea de un vaquero que no fuera madrugador casi la hizo reír.

—Todos los graneros tienen ratones, sí. Pero este heno está mal acomodado y la pila necesita ser limpiada.

—Oh, no se lo den a los caballos —se burló—. No es saludable.

Ella se tragó el impulso de gruñir con irritación.

—No soy estúpida, Anderson.

Rodó los ojos e hizo lo que debía hacer, definitivamente debía encontrar otro trabajo.

Gruñó para sí misma. ¿A quién iba a engañar? En todos los ranchos se encontraría la misma situación, nadie respetaba a una vaquera.

Terminó de limpiar el piso, que también tenía algunos excrementos de ratón, y después puso la paleta en su lugar y comenzó a apilar heno.

Lanzó una bala y aterrizó con precisión. Después de años de ese tipo de trabajo, su cuerpo era una máquina, haciéndolo sin pensar. Mirando por el rabillo del ojo, esperó la reacción de Declan, pero no dio ninguna. Su rostro era una máscara en blanco.

Él lanzó un juramento y comenzó a ayudarla.

Entonces sonrió, sin ironía o hipocresía.

Leo se quedó paralizada, ver a Declan sonreír fue como ver el primer rayo de sol después de una larga y solitaria noche.

Tal vez Declan no sería tan difícil de trabajar, después de todo.

—¿Qué tenemos por aquí? —resonó una voz, casi idéntica a la de

Declan.

Ambos se volvieron y Leo se enfrentó con otra mirada azul impresionante.

Los ojos del vaquero se posaron en Leo. Como si recién ahora la hubiera notado, la sorpresa cruzó sus rasgos duros.

—¿Quién es? —le preguntó Josh a Declan.

—Esta —dijo, avanzando audazmente— es Leo Scott. La nueva ayudante del Rancho Anderson.

Josh enarcó una ceja.

—¿Sabías que Leo era una mujer? —preguntó el hermano menor, con sospecha.

—Demonios no. Mucho gusto, señorita. Soy Josh Anderson. El hermano guapo y divertido de la familia.

Leo estuvo de acuerdo en que era guapo, tanto como Travis, pero maldita sea, no era el más guapo.

—Mucho gusto —contestó ella, estrechándole la mano.

—¿Sabes?, a mi esposa Andrea le encantará conocerte. La conocerás en el segundo desayuno, a ella y a mi pequeña Allie.

—Declan no me explicó lo del primer desayuno —dijo.

—Lo olvidé, pero le traje el desayuno aquí —aclaró Declan, a la defensiva.

Josh sonrió. Tenía que admitir que su sonrisa lo hacía más guapo, pero aun así no tanto como el gruñón bebé Anderson.

—Declan, ¿al menos dejaste que seleccionara un caballo?

—No —dijo Leo antes de que Declan pudiera hablar por ella.

—Sígueme.

Definitivamente los Anderson eran gente buena. Menos Declan. Leo sonrió, lo normal, todas las familias tenían una manzana podrida.

Cuando vio la neblina que se elevaba desde los campos sobre el corral donde estaban los caballos más salvajes del Rancho Anderson, contuvo la respiración. La belleza del desafío era justo lo que había ido a buscar.

Ella enganchó su bota en el peldaño inferior de la valla y saltó con un movimiento rápido y ágil. Los caballos corrían sin parar.

—¿Sabes cómo agarrar un caballo salvaje, Scott?

La voz de Declan la alcanzó bajo el retumbar de los cascos y el latido fuerte de su corazón.

Agitó una mano como si espantara a un mosquito y se inclinó un poco,

concentrada en los caballos. Luego metió la mano en su bolsillo trasero y sacó un regalo. Había traído algunos con ella, un hábito de años trabajando con caballos. Con un poco de barra de avena en la palma de la mano haría que los animales cayeran a sus pies.

—Parece que conoce tu secreto, hermano —dijo Josh a Declan.

Por el rabillo del ojo, Leo vio que Travis, John y Luis se unían a Declan y Josh, observándola.

Suspiró. Maldición, ni de coña se iba a caer del caballo. No iba a ser esa la primera impresión que dejara en los Anderson.

Con el corazón latiéndole con fuerza, vio a un caballo negro azabache galopando al otro lado del corral. Solo había una forma de conquistar a un caballo, ganándose su confianza.

Se acercó despacio y el animal levantó la cabeza al percibir el aroma de la barra de avena. Cuando él se acercó, ella escondió la barra tras su espalda. Así lo hizo hasta que sintió que el caballo dejaba de estar nervioso y más bien tenía curiosidad. La próxima vez que se acercara, tomaría su oportunidad.

El caballo la rodeó dos veces antes de poner la avena bajo su nariz. Cuando procedió a tomar la barra, ella usó su otra mano para agarrar su crin e impulsarse hasta quedar sobre el animal.

Una ovación resonó sobre el ruido de los galopes. Ella se acomodó el dorso desnudo del animal. Se inclinó un poco y susurró palabras dulces en la oreja del caballo, necesitaba que la reconociera y la aceptara.

Por alguna razón, no le importaba si los otros Anderson la veían fallar, pero con Declan era diferente. Sus expectativas de ella eran bajas y sentía la necesidad de demostrarle cuán equivocado estaba.

Lentamente se irguió y dio dos vueltas al corral antes de que alguien abriera la puerta y ella guiara al caballo hacia afuera. Travis alzó un pulgar y Josh se adelantó con una brida.

Usando la presión de sus rodillas, aminoró el paso.

—Realmente impresionaste a Declan. Ha estado tratando de montar ese caballo por más una semana.

Sonrió mentalmente y se bajó, sosteniendo otro pedazo de barra de avena.

—Al parecer eres el único que no se sorprende porque soy mujer. Josh se encogió de hombros.

—Cuando conozcas a mi esposa lo entenderás, Novata.

Por alguna razón, la forma en que lo decía no sonaba como un insulto,

sino las típicas bromas de los camaradas.

—Tengo mucha curiosidad por conocerla.

Declan pasó galopando a pelo sobre un caballo moteado lo suficientemente grande como para llevar a un vaquero alto y musculoso. Sus miradas se conectaron y su estómago se convirtió en un nudo. Regresar a la casa principal con el sol caliente iluminándole el rostro se sentía bien.

Poner postes de cerca era un trabajo agotador en el mejor de los días, pero Leo estaba haciendo que las condiciones de trabajo fueran insoportables. Si ella volvía a inclinarse no podría terminar nunca...

Casi se atragantó. Jesús.

Se apartó de su exuberante trasero y agarró el mazo.

—¿Dime otra vez por qué estamos plantando postes a la antigua usanza?
—preguntó Travis, el sudor corría por su rostro.

—El tractor no funciona —resopló Declan.

—Puedo arreglarlo —dijo Leo.

—Ajá, claro que puedes —murmuró.

Ella se enderezó y se giró hacia él para asesinarlo con la mirada.

—Lo bueno es que el suelo está suave —intervino Travis.

—Espera. —Leo dio un paso atrás para mirar la cerca—. Ese está más alto que el resto.

Declan puso los ojos en blanco y su hermano se rio.

—Continua, Travis —dijo Declan.

—Detente —ordenó Leo.

Mientras se acercaba, Declan notó la forma en que su ropa se pegaba a su cuerpo. Sus vaqueros parecían moldeados a sus muslos y su pequeña camiseta...

—Ese poste está bien.

—Está más alto y se inclina hacia la derecha.

El ruido de un motor los interrumpió. Josh los saludó desde lo lejos y después llamó a Travis.

—¿A dónde diablos vas? —gritó Declan cuando su hermano lo dejó solo con Leo...

—Josh ya me había dicho que me ocupaba, ustedes pueden perfectamente con esto. Nos vemos en la cena.

Ella se adelantó y se hizo cargo sosteniendo el poste de la cerca.

—Terminemos.

—No puedes sostener eso mientras lo entierro.

—¿Por qué no?

—Las vibraciones golpearán tus brazos y tus manos.

Ella flexionó sus pequeños brazos. Tenía que admitir que se veía fuerte, pero ¿lo suficiente para el trabajo?

—Tengo esto, Anderson. Ahora trabaja.

Con un gruñido levantó el martillo y dio el primer golpe.

Trabajar con Leo tuvo que ser una de las tardes más irritantes de su vida. Peor que tener ocho años y estar a merced de la tía Diane.

Pusieron algunos postes en silencio y calma. Entonces ella hizo algo que lo distrajo más que nada: se quitó el sombrero y los guantes y se sujetó el pelo que se le había escapado de la coleta.

Él miró su melena. Rojo cálido. Rojo oscuro. No, definitivamente había reflejos de fresa en él... Mierda, ¿estaba descifrando el color? Probablemente estaba teñido, aunque daría cualquier cosa por ver si la alfombra coincidía con las cortinas.

Joder, ¿qué le pasaba? Ciertamente no quería ver a Leo desnuda. Nunca, por supuesto que no. Además, estaba pagando su salario.

—¿Estamos arreglándonos para un concurso de belleza o poniendo una valla?

Sus ojos se estrecharon y ella se bajó el sombrero, ocultando la mayor parte de su rostro. Luego se colocó los guantes y fue al siguiente poste.

Declan se arrepintió por ser tan brusco, deseaba poder ver sus ojos otra vez, mirarla más de cerca. A veces pensaba que eran marrones con motas doradas y a veces verde.

—¿Puedo tomar agua, Anderson? —preguntó ella con ironía.

Le frustraba que ella lo llamara Anderson.

—Estás acostumbrada a salirte con la tuya, ¿verdad, Scott?

Eso hizo que lo mirara fijamente. Por fin lo vio, sus ojos eran marrón con manchas ámbar, no oro.

—No soy una niña mimada con botas de punta dorada y una silla de montar rosa.

—Voy a hacer mis propias evaluaciones, gracias. —Él quería irritarla—. Hagamos una apuesta.

Ella frunció los labios, lo que solo atrajo su atención hacia ellos. Mierda, sus vaqueros eran definitivamente demasiado ajustados y el sol demasiado caliente.

—Hecho.

—¿Aceptas una apuesta antes de conocerla?

—Sí.

—Apuesto a que no puedes rellenar todos los huecos donde van los postes antes de la cena.

Ella giró la cabeza y miró la larga fila.

—¿Cuánto falta para eso?

Él miró al cielo.

—Diría que en una hora y diez minutos.

—¿Qué gano?

—¿Mi rebanada de pastel de manzana?

Ella arqueó una ceja que estaba muy bien cuidada.

—¿Cómo sabes que tiene tarta de manzana?

—Porque es lunes y ella siempre tiene tarta de manzana los lunes.

Ella extendió su mano.

—De acuerdo. Ahora ponte en marcha. Tienes doce postes que poner, no me atrases.

—Trece.

Ella puso los ojos en blanco y agarró la pala.

4

Cuando todos se reunieron en el corral para elegir sus caballos para el día, Leo se frotó el estómago.

—Hombre, todavía estoy llena después de esas dos rebanadas de pastel anoche.

Declan la miró sombrío y Leo tuvo que morderse el labio inferior para no reírse. Ella se dio la vuelta, buscando un caballo y se subió a uno en menos de treinta segundos.

Justo a tiempo para ver como otro de los caballos mandaba a Josh al suelo.

—Lo bueno es que dejaste el rodeo —se burló Travis—. Tu familia se moriría de hambre.

—Ni siquiera aguantaste ocho segundos —se unió Declan.

Luis se acercó a ella con una sonrisa, haciendo un gesto hacia el palomino que ella había convencido tan fácilmente.

—¿Cuál es tu secreto, Novata?

Ahora todos la llamaban así, pero ella no se molestaba, porque sabía que el único que tenía malas intenciones al decirlo era ese cretino de Declan.

Ella le devolvió la sonrisa al hombre y le paso media barra de avena. Luis miró lo que tenía en la mano.

—Esta se ve diferente a cualquiera que haya visto.

—Es casera.

Se la llevó a la nariz y la olió, luego mordió un trozo.

—No dejes que Declan la pruebe. Te seguirá por todo el rancho.

La idea la hizo sentir incómoda. Lo último que quería era que Declan la molestara más. Después de haber ganado su apuesta, él había estado de peor humor, si es que eso era posible. Sonrió al recordar cómo él había tomado la rebanada de pastel y se la había llevado a la boca como si tal cosa, solo que antes de que esta rozara sus labios Leo la cogió y se despidió con un «buenas noches» para toda la familia.

Deslizó una soga alrededor del cuello del caballo y la sacó del corral. Fácil. Declan pasó como un trueno justo cuando llegaba a la puerta.

—Bien hecho, Novata.

Escucharlo decirle novata le daba ganas de golpear algo. Haría lo que sea con tal de no trabajar junto a él, que la partiera un rayo si no, se dijo.

Sin embargo, veinte minutos más tarde estaba sola con Declan, siguiendo huellas de coyotes. Trabajar con él era una mierda, pero se tragó sus emociones e hizo su trabajo.

—Es difícil seguirlas con todas estas huellas de ganado.

Él le lanzó una mirada engreída.

—Tienes que concentrarte.

—Lo estoy tanto como tú.

—Sí, pero también debes pensar en el comportamiento de los animales.

Declan se acercó y sus miradas se cruzaron. Leo sintió cómo se le erguían los pezones bajo su camiseta.

¿Qué demonios era eso? A ella no le gustaba Declan en absoluto, era un completo idiota. Además, él la odiaba. Entonces ¿por qué su cuerpo reaccionaba a su mirada?

Sacudió la cabeza y guio a su caballo hacia una distancia más prudente, siguiendo el sendero que el ganado usaba para ir al abrevadero. Tal como había pensado, las huellas eran visibles.

Ella apuntó.

—Mira esto.

Era poco probable que vieran al animal, pero si conocieran su ubicación, podrían cazarlo. No querían un coyote alrededor de la manada o perderían terneros.

Su caballo resopló y sacudió la cabeza. A ningún animal le gustaba un depredador.

Declan se mantuvo a su lado en cada paso. Cuando se deslizó del caballo, ella no pudo ignorar los músculos tallados de su espalda ni su trasero.

—¿Lo cazaremos ahora?

En lugar de responder, él le indicó que hiciera silencio y ladeó la cabeza como si escuchara algo. Ella se esforzó en escuchar lo que Declan había detectado y efectivamente captó el golpe de cascos.

—Alguien viene —dijeron al mismo tiempo.

Su corazón dio un salto. Se volvieron hacia la dirección del sonido. Un

perro corrió hacia ellos, con la lengua colgando.

Declan contuvo la respiración. Su cara se puso pálida, pero él inclinó su sombrero para cubrirla.

Leo sintió la necesidad de abrazarlo, sin comprender por qué. Sin embargo, lo que fuera que estuviera mal no era asunto de ella. Tal vez le había picado una abeja.

Luis y John Anderson aparecieron detrás del perro y Declan maldijo.

Antes de que Leo pudiera darse cuenta, Declan había montado a su caballo y se había ido a unir con los hombres. ¿Qué pasaba?

—¿Qué pasa? —preguntó Declan a su padre.

La respuesta de su padre fue demasiado baja para que ella pudiera distinguirla. Cuando los hombros de Declan se desplomaron con aparente alivio, su propio cuerpo hizo lo mismo. ¿Qué diablos? ¿Se estaba preocupando por él? ¡Que irritante!

—Irá por las piezas del tractor —decía John—. No podemos estar sin el equipo otro día. Puede que tengamos que llevarlo a la ciudad para reparaciones.

Ella se animó.

—¿Saben que le pasa al tractor?

John Anderson era un estricto ranchero. No sonreía a menudo y no le había dirigido más que unas pocas palabras a Leo, pero cuando la miraba ella sentía una oleada de afecto. Tanto como su propio padre.

—Son los engranajes.

—Ah, las cargas pesadas deben haber desgastado los dientes. No deben tener un buen contacto —dijo ella.

Los tres hombres la miraron boquiabiertos. Luis parecía divertido, John sorprendido y Declan ... bueno, estaba frunciendo el ceño. Qué novedad.

John asintió brevemente.

—Esa es la peor parte.

—Puede solucionarse fácil. Simplemente hay que cambiarlos de lado. —Nadie habló, entonces agregó—: He visto algo similar en uno de los tractores agrícolas de mi familia. Puedo hacer las reparaciones si tengo las herramientas y partes correctas.

—Enviaremos a Josh por ellas de inmediato. Puedes comenzar a trabajar después del almuerzo.

Al mencionar la comida, se le encogió el estómago. Se había perdido el primer desayuno otra vez.

—Voy a echarle un vistazo antes de que Josh se vaya. Puede que no necesite nuevos engranajes. Si es lo que pienso, puedo cambiar las piezas para que la que está desgastada esté en la parte delantera y la otra detrás.

—Realmente sabes de esto, Novata.

La sonrisa torcida de John fue su mejor recompensa.

Cuando Declan le había dicho a Leo que cazarían al coyote por la noche, no había bromeado. Se suponía que debía estar en su litera, en cambio, estaba en la oscuridad con un hombre que no le agradaba.

Usando su boca él emitió un chillido como el de un conejo moribundo. El ruido chirriante y rechinante resonó en la pradera, provocándole un escalofrío. Ella estabilizó la luz infrarroja.

No habían dicho más de dos palabras en una hora, lo cual había sido un alivio. Ahogó un bostezo. El agotamiento se apoderó de ella y los músculos de sus muslos protestaron por haberse encorvado toda la tarde sobre el tractor. Sin embargo, la enorgullecía haber reparado el tractor.

Declan hizo otro sonido largo y espeluznante, arrastrándola de sus buenos pensamientos. Ella apretó los dientes y chilló:

—Creo que el coyote te escuchó las dos primeras veces.

Sus ojos brillaban bajo la luna y el resplandor rojo de la luz.

—Un conejo no muere con intervalos precisos.

—Parece que te estás muriendo, Anderson, pero no como un conejo.

—Te gustaría eso, ¿no? Y deja de llamarme Anderson.

La mano de Declan salió disparada y envolvió la suya. Apenas tuvo tiempo de jadear ante el impacto de la cálida y dura carne masculina cuando la luz roja iluminó un par de ojos.

—No te muevas —murmuró él, levantando su arma.

El arma estalló junto a ella y el brillo de los ojos se desvanecieron. Declan emitió un grito de satisfacción, abrumado por la felicidad de finalmente poder ir a dormir. Leo silbó y saltó arriba y abajo, sin darse cuenta lo abrazó, echó la cabeza hacia atrás y sus bocas chocaron.

Durante cinco latidos, no pudieron recordar su nombre y menos el planeta en el que vivían.

Los labios de Declan no eran tan duros como parecían. Y olía a cuero y pino especiado.

Él se liberó y retrocedió con el rifle todavía en la mano. Incluso con la tenue iluminación, ella pudo ver su pecho agitado.

Leo se giró, dándole la espalda, mientras su lengua lamía su labio inferior y probaba su sabor a macho puro y duro.

El fuego ardió a través de su sistema, levantando alarmas. Acababa de besar a la ayudante del rancho. Apretar sus labios contra los de ella había convertido su cerebro en papilla; sin embargo, su pene estaba dura como el acero.

Con el pecho ardiendo, intentó fingir que no se había vuelto loco. Había sido la emoción del momento.

«Sí, sigue diciéndote eso, Declan», pensó, «ella te ha estado volviendo loco por días».

—Volvamos a casa.

Sus rasgos eran ilegibles. Ella era un completo misterio para él. Comenzaron a caminar.

—¿Por qué dejaste el Rancho Tres Lagos?

Apagó la luz roja y encendió la luz blanca.

—Era hora de seguir mi propio camino.

—No me mires así. ¿Por qué te fuiste? —Mantuvo el paso con ella, muy consciente de cómo se habían sentido sus labios bajo los suyos.

Él contuvo un gruñido a regañadientes. Le gustaba esa mujer enérgica, había sido criado por una y estaba rodeado de ellas. Pero tenían algo que Leo no parecía tener. Leo no trabajaba en equipo.

Después de tratar de instruirla sobre cómo hacer los quehaceres, ella había hecho las cosas descaradamente a su manera. ¿Y por qué sus hermanos se la endosaban a él? No era apto para entrenar a una mujer sabelotodo. Ellos, en cambio, tenían más experiencia al respecto.

Cuando ella no le respondió, presionó.

—¿Por qué te fuiste?

—¿Por qué me besaste? —respondió ella.

El aire del campo pareció brillar con electricidad, aunque no había ni rastro de un rayo. La atmósfera era volátil y las tormentas de polvo en las áreas circundantes preocupaban a todos en el rancho, pero Leo era otra fuerza a tener en cuenta.

—No sé por qué —dijo en voz baja—. Me disculpo.

—No dejes que ocurra de nuevo.

Su tono burlón fue más de su agrado. Prefería tener a una mujer cabreada que a una con ojos de cachorrito.

Durante todo el camino de regreso a la casa, ella no habló. A juzgar por sus largos y rápidos pasos, quería alejarse de él lo más rápido posible.

El sentimiento era mutuo.

Besarla había sido un error.

—¿De qué color son tus ojos? —su pregunta fue en tono acusatorio.

Ella frunció el ceño.

—Avellana, ¿por qué?

—Nunca se ven del mismo color dos veces. Me están volviendo loco.

—¿Es una regla por aquí, tus ojos deben ser del mismo color cada minuto del día?

—Sí, junto con el primer desayuno. ¿Por qué nunca vienes a la casa a tomarlo?

—No he tenido oportunidad.

Finalmente ella exhaló un suspiro, parte suspiro, parte agitación.

—Iré mañana —aceptó.

—Más te vale. O te juró que le diré a mamá que te desmayaste en el campo.

Algo dulce inundó el corazón de ella.

Leo se puso de costado y la litera crujió. El aire fresco golpeó su piel húmeda de la entrepierna que apenas y le cubrían las finas bragas, el alivio la recorrió. No era una noche particularmente calurosa para Texas, pero sus pensamientos la tenían en llamas.

Declan la había besado. ¿Por qué? ¿Fue el calor del momento, la emoción de atrapar al coyote antes de que comenzara a matar a sus terneros?

Fuera lo que fuera, ese beso había despertado una necesidad cruda en ella. Uno que ella nunca había conocido en su vida.

Había tenido novios, a largo y corto plazo. Buen sexo y malo. Pero lo que le pasaba con ese maldito Anderson era diferente. Una mezcla de deseo y odio que no comprendía.

Miró a través de la pequeña ventana que daba a la parte oriental del rancho. Campos, campos y más campos, cada uno más hermoso que el anterior. A ella realmente le gustaba el lugar a pesar de lo mucho que Declan la molestaba.

Girando sobre su espalda otra vez, se pasó la yema del dedo por el labio inferior, todavía sintiendo su beso. No, su boca no era tan dura como parecía serlo él. Se había apartado rápidamente, gracias a Dios, pero parte de ella

lamentaba el hecho de que no había tenido la oportunidad de saber realmente cuán apasionados o blandos podían ser sus besos.

Debajo de su delgada camiseta sin mangas, sus pezones saltaron. Lo hacían demasiado a menudo últimamente. Cada vez que Declan se acercaba, incluso si le gruñía por la forma en que arrojaba una cuerda, el calor la bañaba. Y sus pezones reaccionaban cada maldita vez.

Tenía la sensación de que nunca se iba a ganar su respeto. Los primeros serpentines de luz se colaban en el horizonte. Había estado allí tumbada la mayor parte de la noche pensando en ese insufrible bebé Anderson.

Ella se estremeció a sí misma. Cuando sus hormonas se calmaran, dejaría de preguntarse sobre lo que no había averiguado de los besos de Declan.

Lo mejor era bloquearlo de la memoria y concentrarse en ser la mejor ayudante del rancho. No le había respondido cuando le preguntó por qué había dejado el Rancho Tres Lagos. ¿Cómo decirle que había dejado el alma ahí y que su madre se había deshecho del lugar sin más?

La sensación de abandono era lo peor de su cambio de vida. Su madre siempre había apoyado a su padre con el rancho, pero tan pronto como el hombre falleció, un interruptor cambió en ella y se convirtió en otra persona. Leo lloraba a su madre perdida casi tanto como a su padre muerto.

Se le hizo un nudo en la garganta y dejó que sus ojos se cerraran para evitar derramar lágrimas estúpidas. Nunca sería la mejor ayudante de rancho si pasaba las noches acostada en su cama lloriqueando por cosas que no podía cambiar.

O reviviendo besos indeseados.

Hundió la cabeza en la almohada. Dentro de una hora volvería a estar despierta para un día completo de trabajo. Al menos el tractor estaba funcionando nuevamente y eso aliviaría parte de su carga.

5

Leo fue invitada a la noche de pollo y galletas en la casa Anderson, un evento inolvidable. No solo por la comida increíble con la que Leo se llenó hasta las orejas, sino porque Travis sacó su guitarra, los niños jugaron y Andrea y Luis realizaron un baile mexicano.

Declan, en cambio, hizo algo que la sorprendió más que encontrar el libro de ciencia en su la camioneta: cantó. Su voz profunda y nasal resonó con una sensación que dejó a Leo mucho más sin aliento de lo que había querido admitir. Pensó que si se hubiera dedicado a cantar música country, habría sido un éxito.

Travis dijo:

—Siempre puedes complementar tus ingresos con tu voz, Declan.

—No necesito, dinero. Además, nos matamos en el rancho porque sabemos que luego tendremos los beneficios. Cada vez crecemos más y el otro año tendremos más soltura, si todo sale bien.

Leo se volvió hacia Andrea, que estaba sentada pintando unas botas vaqueras miniaturas que vendía en su tienda como llaveros para los turistas.

—¿De qué están hablando?

Ella se inclinó y dijo en voz baja:

—Se refieren a ti. Tu paga está saliendo del bolsillo de Declan.

El shock se apoderó de ella.

—¿Él es mi... jefe?

—Supongo que de alguna manera sí. Necesitábamos la ayuda y él se ofreció a dar de su salario para contratar a alguien más.

Oh, Dios. No era de extrañar que la odiara.

Cuando levantó la vista, lo sorprendió mirando. Con el corazón apretado, ella sostuvo su mirada. Bueno... la había besado. Tal vez él no la odiaba tanto como creía. Pero estaba pagando por un trabajo que no creía que fuera demasiado bueno.

Ella se puso de pie, pero Andrea la sujetó de la muñeca para que

volviera a sentarse.

—Pertenece aquí, Leo. No dejes que te haga pensar lo contrario. Todos han visto lo buena que eres, incluso él, aunque finja que no. Es un cabeza dura.

—Gracias, pero creo que necesito descansar.

Se zafó del agarre y cruzó el amplio porche delantero a toda velocidad, hasta que Declan se interpuso en su camino, tomándola de los hombros.

—Hoy hiciste un buen trabajo, Novata.

Esta vez las palabras no sonaron como si tuviera vidrios en la garganta.

—Gracias, Anderson.

Él inclinó su sombrero y la dejó ir. Se alejó confundida y flotando de felicidad al mismo tiempo. Cuando miró por encima del hombro se encontró con Declan mirándola y dedicándole una sonrisa.

Su corazón se sacudió.

Declan se quitó los guantes y los lanzó al suelo. La ira crecía con cada momento en que veía a Leo tratar de levantar la ternera deshidratada.

—Ella lo está haciendo todo mal —le dijo a Josh.

Su hermano levantó la vista de la ternera que estaba alimentando con una botella. En pocos días, el mal tiempo había logrado separar a varias crías de la manada.

Josh se encogió de hombros.

—Desde esa posición podría patearla en el pecho —continuó Declan.

—Si tanto te molesta, ¿por qué no se lo dices?

—Porque no me escucha.

—Hermano, las mujeres no escuchan nada que salga de la boca de un hombre. A menos que sea algo malo, ahí sí.

Algo extrañamente cálido se agitó en el pecho de Declan. Durante meses había querido estar en las botas de sus hermanos. Ahora más bien quería huir. ¿O acercarse? Demonios, no lo sabía.

Caminando hacia Leo, dijo:

—Déjame levantarlo.

—No, ya la tengo.

La empujó a un lado y cogió al animal.

—Declan Anderson, dije que podía hacerlo —murmuró con los dientes apretados—. He hecho esto antes.

¿Desde cuándo había dejado de ser solo Anderson? Estaba usando sus

dos nombres ahora.

Él miró su cara enrojecida. Sus cejas rojas dibujaron un gesto de enojo que ya se conocía de memoria.

—Oh, sí. Se nota. Has tenido suerte de que no te diera una patada en el pecho.

Sus labios rosados se abrieron.

—¿Qué?

—La forma en que la levantabas, no es la correcta. Podría lastimarte, hay que tener cuidado con eso siempre, incluso si el animal está enfermo o débil.

—Oh...

—¿Nadie te lo había explicado?

—No.

—¿Quieres que te enseñe la forma correcta?

—Desde luego que sí.

Poniéndose en cuclillas, envolvió sus brazos alrededor del animal, asegurándose de dejar las patas desgarradas de cierta manera. Cuando tuvo el voluminoso cuerpo en sus brazos, se volvió hacia Leo.

—¿Ves?

—Sí, gracias. —Inclinó su sombrero para verlo directamente a los ojos—. ¿Ahora qué? ¿Llamamos al veterinario?

—Creo que será suficiente con hidratarla, debería estar bien después. Josh tiene las botellas y la leche.

Mientras iban hacia Josh, Declan pensó en lo mucho que le gustaba ver a Leo jugando con sus sobrinos o ayudando a las otras mujeres. Era como verla bajo una luz totalmente nueva. En los campos era una vaquera dura. Pero en la casa era la más femenina. En pocas semanas se había complementado perfectamente con su familia. No dudaba que si un extraño la viera, pensaría que era una Anderson.

—¿Declan? ¿Anderson? —Ella agitó una mano frente a su cara y él salió de sus pensamientos.

Maldita sea, había usado sus dos nombres otra vez.

—Alimentemos a esta pequeña antes de que venga la tormenta.

Él asintió mirando una nube negra sobre el horizonte.

La preocupación cruzó las bonitas facciones de la pelirroja. No necesitaba ser muy inteligente para saber que ella odiaba las tormentas. Había trabajado a su lado doce horas al día y cada vez que veía la amenaza de los

rayos o fuertes vientos, se ponía tensa y nerviosa.

—Puedes volver al rancho, Leo.

—¿Por qué habría de hacer eso?

—Josh y yo nos encargaremos.

Estuvo a punto de soltar una carcajada cuando vio que ella lo obedeció. Vaya, hasta que al fin.

Cuando Leo salió de la ducha, oyó rugir el motor de una camioneta. Estaba secándose el cabello con una toalla cuando sonó el primer grito. Luego otro.

Dejó caer la toalla y se apresuró a ponerse la ropa. Salió del barracón justo a tiempo para ver la camioneta de John Anderson salir volando por el camino de entrada. Los hermanos estaban reunidos fuera de la casa, hablando con urgencia.

Oh, no. Leo salió corriendo descalza, con el corazón palpitando. Algo le decía que era la señora Anderson. Ella había ido al médico hacía un tiempo y él la había puesto en control con medicamentos que estabilizaran su ritmo cardíaco. Desde entonces, la mujer se había mostrada más cansada. Leo no la conocía muy bien, pero sabía cuándo alguien no se sentía bien.

Puso una mano en el brazo de Declan. Él la miró con sus ojos azules apagados.

—¿Qué pasa? ¿Es Lou?

Él se sacudió y con un gruñido se apartó de ella, dirigiéndose hacia la casa.

Lo miró boquiabierta hasta que Travis apoyó una mano en su hombro.

—Sí, es mamá. Comenzó a sentirse mareada y con náuseas. Papá la lleva a Vixen, esperamos que no sea nada malo y no necesite llevarla a un hospital más grande.

—Demonios, ¿por qué vivimos en un lugar tan aislado? —se quejó Josh.

Cada hermano Anderson tenía la misma expresión de terror. Todos, excepto Declan, habían quedado devastados, como si ya hubieran perdido a su madre.

—Mamá estará bien —aseguró Travis—. Esa bendita mujer es un roble, no lo olvides.

Josh se giró hacia Leo y le dijo:

—¿Por qué no vas a ver lo que está haciendo Declan? Creo que necesita a alguien. Nosotros tenemos a nuestras familias, pero él está aquí solo y no

dejará que nos arrimemos. Tengo la sensación de que irá por el alcohol...

—Oh. Claro.

Caminó descalza hacia la casa. Dentro, encontró a Declan hurgando en la despensa. Cuando la vio, él entrecerró los ojos.

—¿Qué diablos quieres?

Ella se echó hacia atrás, herida por su tono. Sin embargo, no debería esperar menos. Ya sabía que era un jodido idiota.

—Me aseguro de que estés bien.

—Ellos te enviaron, ¿verdad?

Ella asintió.

—Bueno, pues puedes regresar al barracón. —Tomó asiento mientras se servía un gran trago de un líquido oscuro que despedía un fuerte olor a licor—. Estoy bien.

Lo ignoró y tomó asiento junto a él.

—¿Has hecho esto antes?

—Sí. Compartiría, pero no sé si puedas con ello. Eres muy pequeña.

Ella puso los ojos en blanco, pero lo dejó pasar. No era momento de defender su fuerza. Él estaba sufriendo.

Con un ruido gutural, se acabó el trago del vaso y como no le pareció suficiente se llevó la botella directamente a la boca.

Ella hizo trizas una servilleta de papel sobre la mesa mientras el silencio se volvía más y más pesado.

—Estaba trabajando demasiado —dijo él, por fin.

—Estoy segura de que tus cuñadas la ayudan un montón. Siempre las veo por aquí haciendo algo.

—La encontré trabajando en el huerto por la mañana.

—Sí. Yo también la vi.

—El médico le prohibió los trabajos que la agitaran.

—Pero, Declan, si tienes problemas cardíacos debes seguir haciendo ejercicios... ligeros. Hay que mantener el cuerpo activo.

—No lo sé...

Diez minutos después el hombretón estaba arrastrando las palabras y derramando su corazón a Leo. Sobre lo importante que era su familia para él. Eran todo lo que tenía y probablemente lo único que tendría siempre. Además, mencionó que no le importaba quedarse sin su tierra, siempre y cuando su madre se recuperara. Ella no tenía idea de por qué él no tenía su parte en el rancho, pero no era momento de preguntar. Si los otros

hermanos la habían recibido, él también lo haría.

Declan se puso de pie, tambaleándose.

—¿Vas a ir a la cama? —preguntó ella.

—No. Tengo que mear.

Zigzagueó hasta afuera, como si el retrete no existiera, y prácticamente cayó por los escalones. Leo lo siguió. El dolor y la preocupación se manifestaban de manera diferente en las personas y estaba claro que Declan nunca había tratado con algo tan importante como una enfermedad en un miembro de la familia. Era algo de lo que ella sabía demasiado y él necesitaba un hombro.

Cuando abrió la cremallera, ella le dio la espalda. Una vez que terminó, echó un vistazo. Había logrado enderezar su ropa e iba dando tumbos por el patio.

Leo saltó los escalones del porche y corrió tras él.

—¿A dónde vas?

—Voy a montar, cariño. Necesito un poco de aire.

¿Cariño?

—No, no puedes montar, Declan. Vuelve adentro conmigo. Encenderemos la televisión.

—No he visto la televisión en años. Tengo mejores cosas que hacer.

Sus palabras fueron cada vez más lentas y temió que pudiera colapsar en medio patio. ¿Qué haría? Lo alcanzó y lo tomó del brazo. Él la miró como si la viese por primera vez.

—Eres más pequeña de lo que pensaba.

—No tengo las botas puestas. Vamos.

El barracón estaba más cerca, y ya que iba en esa dirección, sería más fácil dirigirlo allí.

—¿A dónde vamos?

Leo no respondió a Declan, pero no pareció necesitarlo. Lo condujo al barracón. Ahí vagó por toda la habitación. Luego tocó la camisa que ella había dejado colgada en el poste de su cama y se la llevó a su nariz.

Se le detuvo el corazón al verlo inhalar profundamente. Luego, abruptamente, cayó de cabeza en la litera y comenzó a roncar.

Alguien estaba dentro de la cabeza de Declan con un taladro. Las náuseas burbujearon en su garganta. Rodó hacia un lado, respirando con dificultad para controlar el impulso de vomitar.

Unas pisadas suaves lo hicieron abrir un ojo y vislumbrar a un ángel parado a unos pocos centímetros de distancia. Curvas silueteadas por el sol. Cerró los ojos, pero incluso eso le pareció demasiado doloroso.

Tragándose la bilis, trató de recuperar el juicio. ¿Qué le había pasado?

Otro paso lo hizo abrir los ojos nuevamente. El ángel todavía estaba allí. La luz dorada enmarcaba su torso. Los pechos maduros parecían unas almohadas perfectas para sostener su cabeza palpitante.

Él gimió y extendió la mano.

—Anderson.

Tan pronto como escuchó su voz volvió a ser él mismo.

Leo. Y él estaba en el barracón.

Demonios, ¿qué había pasado? Si se hubiera acostado con ella borracho, nunca se lo perdonaría. Con su cercanía, su pene se endureció dolorosamente. Ella no llevaba vaqueros. Sus ojos se abrieron todo lo que pudieron. Solo vestía bragas y una camiseta y tenía el cabello suelto. Era la cosa más hermosa que jamás había visto.

—Mi cabeza —gimió cuando intentó moverse.

Ella soltó una pequeña carcajada.

—No es de extrañar. Bebiste mucho anoche. Vi a tus padres llegar hace unos minutos. Toma, bebe esto.

Ella colocó una botella fría en su mano. Con algunos problemas, se apoyó en un codo y se llevó el vaso frío a los labios. El primer sorbo de cerveza lo sorprendió.

Ella rio de nuevo, y sintió que la litera se combaba mientras se sentaba a su lado.

—La cerveza es buena para la resaca, mi padre siempre lo decía.

—Bueno, debe estar loco.

El líquido sabía a orín de gato en su boca algodonosa. Arrugó la nariz.

—No, no es una locura. Él era un hombre inteligente con mucha experiencia. Murió el año pasado.

Declan se centró en ella. Estaba tan cerca y parecía tan pequeña al lado de él.

—Lamento escuchar eso.

Ella asintió.

—¿Qué pasó anoche?

—Nada. Tu tomaste. Te hice compañía. Ibas a montar y no te dejé. Luego te traje aquí.

—Y... Esta es tu litera, ¿verdad?

—Sí, te desmayaste. Dormí en la otra.

—Oh, Cristo, espero no haber vomitado en tu cama.

—Voy a alimentar a los animales. Levántate cuando estés listo,
Anderson.

Él la tomó de la mano antes de que ella se marchara.

—¿Soy Anderson otra vez?

—Declan Anderson. ¿Mejor?

6

Si Declan hubiera dormido tres horas, se habría sorprendido. Entre el dolor de un tirón muscular en su hombro y sus sueños húmedos, estaba agotado. Durante días desde el incidente del barracón, había sido bombardeado por los sueños de Leo.

Al menos el dolor muscular podía ser aliviado.

El latido en su ingle era otra cosa.

Cuando llegó al último escalón, abrió la cremallera de su pantalón para meterse la camisa mientras entraba a la cocina...

Se detuvo en seco.

—¿Qué estás haciendo aquí? —gruñó a Leo.

Ella bajó la mirada a su entrepierna y un rubor rosado cubrió sus redondeadas mejillas.

—Vine a ayudar a tu madre.

Lo de Lou solo había sido un bajonazo de presión, pero a pesar de ello, todos pasaban al pendiente de la mujer.

Él se sirvió una taza de café justo cuando Josh entró con Allie en uno de sus brazos.

—Hola. Hoy tengo una nueva ayudante. Allie está quisquillosa, dice Lizzie que debe ser que pronto le saldrán los dientes. Pensé que podría traérmela un rato y dejar que Andrea durmiera un poco. Pasó toda la noche pintando.

Leo había conocido a Andrea y se había sorprendido. Tal como Josh le dijo, conocerla le hacía comprender por qué él no había puesto demasiada atención en que fuera una mujer vaquera. Su esposa era una mujer emprendedora. Tenía una tienda de artesanías y suvenires en Vixen y viajaba todos los días con su pequeña para atenderla, además de ayudar a Lou y ser «la mejor esposa» según las palabras de Josh.

La bebé se agitó en los brazos de su padre y sin pensárselo Leo se acercó y la tomó en sus brazos. Declan solo pudo hacer una cosa, atragantarse con el

café.

Allie soltó un chillido de placer.

—Shh, despertarás a tu abuela —dijo Leo, con una sonrisa dibujada en toda la cara.

La niña se quedó en silencio, sonriendo con complicidad y Leo la sentó en el mostrador y luego sopló sobre su vientre gordito. Allie pateó encantada y Leo volvió a hacerlo. Antes de que sus labios volvieran a jugar con la piel de la niña, su mirada se posó en la de Declan.

Él se quedó sin aliento.

—Hoy... hoy voy con Josh.

—¿Y qué hay de Allie?

—Mmm, novata, ¿te importaría cuidarla? Te prometo que Andrea no tardará demasiado.

Ella asintió y Josh desapareció, pero Declan se quedó plantado en el mismo lugar como un completo tonto.

—¿No tenías que irte?

—Ah, sí, sí. Por supuesto.

Josh estaba alimentando los caballos cuando Leo apareció. Ella le echó un vistazo a las paletas de heno, buscando ratones otra vez.

—¿Por qué no sales de aquí? —ladró.

Ella lo miró fijamente, arqueando una ceja. Por un segundo sus ojos brillaron verdes.

El verde salía cuando la hacía enojar, básicamente cuando él se comportaba como un idiota.

Esperó a que se defendiera, pero ella simplemente continuó mirándolo fijamente.

—¿Qué?

—¿Estás bien, Anderson? Te noto algo... —«Más imbécil de lo habitual», pensó—. Mmm ¿molesto?

—¿Cómo podrías saberlo? Apenas me conoces.

Pasó junto a ella y salió del granero sin decir nada más.

Cuando ella llegó al corral para elegir su caballo para el día, él ya estaba ensillando el suyo. Se cruzaron, pero pasó de él. La tenía harta.

Josh pasó toda la mañana demasiado cansado para pensar con claridad. Leo era tan maternal como práctica con una cuerda o una llave inglesa. ¿Por qué lo irritaba tanto?

Estaba pensando en eso justo cuando empezó a llover. En segundos, estuvo empapado. No tardó mucho en ver a Leo refugiada en el granero, con la ropa pegada a cada curva de su cuerpo y su pelo escurriéndose entre sus pechos. Con un bufido, fue tras ella.

Para cuando llegó ella tenía una toalla en la mano y secaba a su caballo. Las gotitas zigzaguearon por su garganta para agarrarse a la parte superior de sus pechos antes de desaparecer en su escote. Él la miró boquiabierto durante un instante y luego saltó del caballo.

—¿Qué diablos estás haciendo? —su voz salió más dura que nunca.

—Secando a Belleza—.

—¿Belleza? ¿La llamaste así?

—Sí. —Lo fulminó con la mirada—. Ahora déjame en paz, Declan Anderson. Estoy harta de tu humor y entre menos tenga que soportarte, mejor.

Abrió la boca para decir algo inteligente pero no pudo. No cuando estaba allí secando al animal antes que a sí misma. La mayoría de las mujeres estarían maldiciendo su cabello mojado o algo por el estilo.

Afuera el viento arrojaba la lluvia dentro del granero. Ambos se volvieron para mirar la abertura y la inundación de agua que se filtraba en el suelo.

—Mal momento para una tormenta —agregó él—. Mis hermanos todavía están fuera y Luis también.

—Supongo que ahora deben estar buscando un lugar para protegerse.

Él suspiró. Genial, más atraso en el trabajo.

—Consigue una toalla para ti.

Ella cerró los ojos y cuando los abrió los clavó en él encendido en llamas.

—Estás tan mojado como yo, bebé Anderson.

Oh, demonios, él estaba mojado, ella estaba mojada... en segundos su ropa podía estar en un montón y los dos metidos en una cama caliente de heno.... Un momento, ¿bebé?

No iba a caer en su juego, no cuando se le estaba clavando el pene en el muslo.

—Dije, toma una toalla. De acuerdo, no, yo mismo me haré cargo.

Le quitó la toalla de la mano y comenzó a secarla, hasta que ella le dio un puñetazo en las costillas.

—Pero ¿qué demonios?

—¿Acabas de ponerme la toalla con la que seque a la yegua encima?

—Sí.

—Dios mío, no puedo creer que seas tan idiota. Oleré a caballo mojado todo el jodido día.

Viéndolo así. Declan se encogió de hombros, sin poder evitar sonreír.

Ella se apartó y le dio una patada a un puñado de heno, luego murmuró algo en voz baja, se quitó el sombrero y pasó los dedos por su cabello largo y mojado. Josh no pudo soportarlo ni un minuto más. Se lanzó hacia ella, envolviendo sus brazos alrededor de sus caderas y la levantó. En un segundo su boca estuvo en la de ella.

Leo emitió un chillido de sorpresa, pero un momento después colocó las manos alrededor del cuello del vaquero y le devolvió el beso con toda la pasión enfurecida y reprimida que sentía. Dientes, labios, lengua. Él la apuñaló profundamente cuando junto sus caderas, sacándole un gemido ansioso. Su dulzura impregnaba su cabeza y trituraba lo último de su control.

Había estado a punto de decirle que mantuviera sus manos fuera de ella y ahora todo lo que quería era que la tocara. Necesitaba sentirlo. Él sacudió su cuerpo contra el de ella, sacándole otro gemido de sus dulces labios rosados.

Salvaje, la apoyó contra la pared más cercana, inmovilizándola entre su cuerpo y la madera dura.

—Joder, sabes bien, Declan.

Reclamó su boca otra vez, acunando su rostro y bebiendo profundamente su pasión. Utilizando la fuerza de su brazo, se levantó para colocar sus piernas alrededor de sus caderas. El deseo atacó su sistema.

Declan tenía que probar más de ella. Tenía que hundirse en su pequeño y escandaloso cuerpo.

Con un gemido, él liberó su boca y besó su delicada mandíbula. Mordió su barbilla. Ella gritó mientras se movía hacia su deliciosa garganta y sus cremosos pechos. Él lamió la humedad de su piel, aumentando la humedad entre sus muslos.

Su respiración entrecortada lo espoleó, junto con el calor abrasador de su cuerpo a través de su ropa mojada.

Él se apartó para mirarla a los ojos. Verdes oscuros con motas doradas. Cuando llegara al orgasmo, ¿de qué color serían? Demonios, no podía pensar en eso.

Ni siquiera debería estar tocándola. No tenía ningún derecho.

La comprensión escaló su pecho y la bajó cuidadosamente al piso. Tan pronto como aterrizó, se apartó, con los brazos sobre el pecho. La lluvia azotaba fuera y un trueno estallaba en lo alto, pero dentro de Declan había una tormenta más grande.

—Lo siento. No debería haber hecho eso.

Ella lo miró sin comprender, luego disfracó su gesto y dijo:

—No. No deberíamos haberlo hecho.

Cuando levantó la cabeza la vio más desafiante que nunca. La fiera era más fácil de tratar que la mujer salvaje y dispuesta.

Maldición, ¿por qué tenía que ser la ayudante del rancho? Si la hubiera visto en una cafetería, no habría desperdiciado ni un segundo para acercarse a ella. Cuando la había besado le había parecido indomable como el demonio.

Pasándose la mano por la cara, intentó usar un tono frío.

—¿Por qué no vas al barracón y te cambias para la cena? Con esta tormenta no volveremos a trabajar por hoy.

Ella se alejó más.

—Esperaré que pase la tormenta, gracias.

No se había equivocado. Su pequeña y valiente vaquera realmente le tenía miedo a las tormentas. No sabía si reírse o tomarla en sus brazos y calmarla.

Pensando que ninguna de las dos opciones terminaría bien, optó por lo fácil, ponerla furiosa.

—Los caballos son una buena compañía, pero la tormenta puede durar horas. Ya sabes, si te agachas y huyes, tus posibilidades de ser alcanzado por un rayo son de una en doscientos millones.

Fuego verde brilló en sus ojos. Sí, eso era lo que él esperaba. Reprimió una sonrisa y se dirigió hacia la puerta para salir corriendo.

Declan Anderson era el asno más grande que había encontrado en mucho tiempo.

Después de que se había largado, dejándola sola, como la más estúpida lo había estado esperando por diez minutos, creyendo que regresaría.

Qué más daba. Suspiró y se quitó la camisa mojada.

La colocó sobre la puerta de un establo para que se secase y se hundió en una pila de heno para pensar. Su beso la había mareado, pero su respuesta había sido algo sacado de una película de chicas. Dios mío, por qué Declan la hacía comportarse como una tonta de remate.

Ella había enredado sus piernas alrededor de él, por el amor de Dios.

Puaj.

Una gata del establo saltó a su lado y Leo pasó largos minutos acariciando su lomo.

—Vas a tener bebés pronto, ¿verdad? —dijo al animal al sentir su abultada tripa.

A pesar de su estilo de chica dura, ella quería una familia algún día. No había ninguna razón por la que no pudiera ser todo: ranchera y madre. A pesar de las creencias de Declan, ese era el siglo XXI. Las mujeres lo hacían todo y Leo tenía la intención de probarlo.

Se recostó hasta quedarse casi dormida, ni loca iba a salir a la tormenta, le importaban una mierda las estadísticas de Declan.

Un trueno resonó y la gata levantó la cabeza con perezoso reconocimiento de la madre naturaleza. Leo, en cambio, soltó un chillido de sorpresa.

Maldito Declan. Sabía que le tenía miedo a las tormentas. Bueno, también sabía cómo se veía con nada más que bragas y una camiseta.

Su cerebro se precipitó al momento en que entró en la cocina para tomar el primer desayuno. Sin su sombrero puesto, era aún más rudo. Cabello oscuro y desordenado pidiendo sus dedos. Cuando había bajado la mirada y se había encontrado su cremallera abierta casi se traga la lengua.

Suspiró. Ni siquiera se agradaban. Pero la lujuria había entrado en la ecuación y todavía podía sentir su cálida y resbaladiza lengua moviéndose sobre la de ella.

Se estremeció, deseándolo en otras partes del cuerpo.

Se levantó, cerró la puerta del granero contra la lluvia y agarró una manta de regreso a la paca. Colocando el pedazo de tela alrededor de sus hombros admitió que la piel de gallina en sus brazos tenía más que ver con los recuerdos de esos momentos pecaminosos entre ella y Declan que con el frío. Se acurrucó con el gato y la manta, muerta de sueño y cansancio.

¿Por qué la había besado si la detestaba?

En las pocas semanas que había estado en el Rancho Anderson, había visto pasar muchas emociones por su hermoso rostro y la mayoría de ellas no las entendía. ¿Pero esa mirada profunda y hambrienta cuando juntó sus cuerpos?

Tenía un gran signo de interrogación.

Declan no estaba preparado para entrar y encontrar a Leo acurrucada en un fardo de heno profundamente dormida. Su aliento le dio un puñetazo y su corazón se revolvió dolorosamente. Estaba tendida de lado, con el pelo rojo cayéndole sobre la frente. El deseo no era un carbón ardiente en sus entrañas; era un infierno furioso. Mientras ella dormía, continuó estudiándola.

Una manta áspera no podía sentirse bien en absoluto contra su tierna piel, tuvo que contener la urgencia de deslizar sus manos debajo de ella y atraerla a sus brazos.

La manta se movió. Él parpadeó. Se agitó de nuevo. ¿Qué demonios? Se acercó un poco más y vio que lo que se movía era la señora Jones, la gata embarazada.

Mientras el animal salía de la manta, Leo se movió. Él quitó la mirada de su cadera y aterrizó en su cautivadora cara en forma de corazón.

Leo bostezó antes de enderezarse, la gata se escabulló. La mirada de Declan se cruzó con la de ella. El calor se abrió paso desde su ingle hasta su pecho.

Ahogó un gemido. Ella continuamente lo dejaba fuera de balance. Al principio había dudado de que pudiera acoplarse al ritmo del rancho, pero en pocas horas la vaquera le había demostrado su valía.

También la había considerado una adinerada vaquera Barbie, proveniente del Rancho Tres Lagos, pero ella no temía ponerse un mono lleno de grasa o tomar una pala cubierta de estiércol. Además, era excelente con los niños y su familia la adoraba.

Y besaba como una fiera.

Excepto que no debería saber eso. Si seguía mirándola así, nunca sería capaz de alejarse.

Con una fuerza extrema de voluntad, apartó su mirada.

—Ha acabado la tormenta. Puedes dejar de esconderte.

En un abrir y cerrar de ojos, ella arrojó su manta, y se puso de pie. Con los puños apretados, se ubicó frente a él y espetó:

—No me estoy escondiendo. Estaba esperando que la tormenta pasara, lo mismo que tú, pero no tenía galletas de chocolate.

La sorpresa curvó sus labios.

—¿Cómo lo sabías?

—Tienes migas por toda la camisa.

Pasó junto a él y miró afuera. La lluvia había desaparecido y todo parecía tan seco como si no hubiese caído ni una gota de agua.

—Este clima es inestable —dijo. Tanto como ella—. No me sorprendería ver una tormenta de polvo esta semana.

Cuando se giró, la encontró demasiado cerca. Olía a heno y a mujer.

La necesidad lo golpeó.

—Oh, no, no lo harás, Declan Anderson.

—¿Yo? ¿Qué? ¿Y por qué usas mis dos nombres? Soy Declan. Solo Declan.

Tal vez eludiría lo de besarla e iría directamente a ponerla sobre sus rodillas.

Demonios, ese pensamiento era aún peor. Su culo redondo, cubierto de mezclilla bajo su mano... Dios.

Apretó los labios y contó hasta diez antes de que pudiera procesar lo que estaba diciendo ella. No comprendió nada.

—¿Ya terminaste? —la interrumpió.

Su boca se cerró de golpe y colocó una mano en su cadera. Tal vez debería enojarla más a menudo. Entonces él podría ayudarla a entender algunas cosas.

—Estás equivocado acerca de mí, sabes.

Ella se quedó mirando, pequeñas pecas salpicaban su nariz.

—Oh, ¿sí?

—Sí.

—Pues no lo creo. He visto a mujeres rodeadas de cuerdas y cabalgando tan bien que avergonzarían a los vaqueros más experimentados.

Ella abrió la boca, sin embargo, él se le adelantó.

—Y tú eres una de ellas.

El shock que se apoderó de ella fue un espectáculo para la vista. Como el sol saliendo después de una noche larga e insomne. Maldita sea, le gustaba mirar a Leo, demasiado. Ella lo estaba volviendo loco en todos los sentidos.

Era un dolor en el culo y también la mujer más hermosa que había conocido.

—No te la creas mucho, eso sí, Pelirroja. Dije que eres una buena jinete también. Pero eso no significa que seas buena en tu trabajo.

Leo se ruborizó con un tono más profundo de color rosa. De acuerdo, tomate rojo. Ella estaba muy enojada.

—Dame una razón, Declan Anderson.

Se irritó al escuchar sus dos nombres. Por alguna razón, quería escuchar que lo llamara Declan, como cuando se habían besado.

—No obedeces. Haces las cosas a tu manera, aunque se te indica que no es como lo hacemos aquí...

—¿Te refirieras a lo de atar el ternero?

Tenía que trabajar con esa mujer y no podía estar pensando a cada segundo en robarle un beso cada cinco minutos. Por el bien del rancho y de su familia, tenía que comportarse.

—Te di la orden directa para atar a ese ternero y no lo hiciste. Lo que causó que Josh quedara entre él y su madre. Ahora, no necesito decirte que esa es una situación peligrosa.

—El ternero iba a alimentarse.

—Pero estaba cojeando. ¿No lo notaste?

Ella bajó la cabeza.

—Mira, sé que debería haber hecho lo que dijiste, pero no estabas viendo las cosas desde mi ángulo.

El asintió, poniendo los ojos en blanco.

—La vista de una mujer.

Leo le disparó balas imaginarias con sus ojos cambiantes. La lujuria caliente lo golpeó. Demonios, sí, ella era bonita cuando estaba enojada. Antes de que pudiera contestarle, él continuó:

—Viste que un ternero necesitaba alimento, mientras yo vi que uno de nuestros animales estaba en peligro. Y después Josh pudo ser atacado. Si ese ternero está cojo debe ser por una herida y si su casco se infecta, no tendrá valor para nosotros.

—Lo sé —dijo en voz baja.

—Si lo sabes, ¿por qué no haces lo que te digo?

La elevación de su mandíbula envió alarmas de advertencia a través de su cerebro.

—Tal vez me gusta enojarte.

—Haces un muy buen trabajo.

—Nunca pensé que te escucharía decir que soy buena en algo, Declan. Lo has hecho dos veces en la misma conversación.

Su pecho se sentía como si se hubiera derrumbado. La forma en que dijo su nombre se metió en lo más profundo de su sistema.

¿Qué iba a hacer con ella?

En lugar de arremeter contra esos labios maduros como el melocotón, hizo un gesto con la barbilla hacia la puerta del granero.

—Bien. Voy a Vixen a la tienda de alimentos y semillas. ¿Necesitas

algo?

—¿Estás preguntándome si necesito un saco de pienso? Eres el hombre soñado de toda mujer, Declan Anderson.

Así que volvía a tener dos nombres. Él suspiró.

—Te pediría que fueras conmigo, pero acabaría por tirarte a mitad del camino.

Ante eso, ella echó la cabeza hacia atrás y se rio. Cuando se reía, lo hacía con todo su ser. Sus ojos se cerraban, sus labios se levantaban y su cabello ondeaba alrededor de sus pechos.

La necesidad le espesaba la garganta y apretaba sus vaqueros.

—No necesito nada. Gracias, de todos modos.

Leo tomó su montura y se preparó para irse.

—Y te lo pregunté por si necesitabas golosinas para los caballos —aclaró.

Se detuvo a mitad de camino y lo miró por encima del hombro.

—¿Qué tipo de golosinas?

—De avena.

Ella volvió a su lado.

—En Tres Lagos, hicimos la nuestra. No comprábamos. Bueno... la hice yo. ¿Lou nunca ha hecho?

—Bastante trabajo ha tenido con alimentarnos.

Ella metió la mano en su bolsillo trasero, sacó una barra y se la puso a él en la mano. La electricidad lo recorrió hasta posarse en su pecho. Lo que fuera que había entre ellos, le estaba poniendo los nervios de punta.

Declan olió la barra y después la mordisqueó.

—Sabe bien. Así que este es tu truco con los caballos.

Ella se encogió de hombros.

—¿A Lou le importaría si uso su cocina? —preguntó.

—Mientras esté limpia y no nos comamos lo que ha planeado para la cena, no le importará.

La sonrisa de Leo lo golpeó con un calor que era mucho más que deseo.

—Vamos, vaquero. Te daré una lección de cocina.

Ella le agarró el antebrazo y lo arrastró por el patio hasta la casa.

Desde que un trío de tornados había arrasado con gran parte del Rancho Tres Lagos, cuando tenía seis años, Leo había tenido miedo a las tormentas. Escondarse en el sótano, envuelta en los brazos de su padre había sido reconfortante, pero aun así no era su mejor recuerdo.

Así que ver el cielo oscurecerse la llenaba de temor.

—¡Leo!

Girando en su silla de montar, vio a Declan corriendo en su dirección. Él realmente era un hombre magnífico, digno de ver, incluso si lo odiaba.

—¡Va a granizar! —le gritó.

Ella se quedó congelada en su silla de montar por un momento, luego salió galopando a toda velocidad. Declan se le adelantó para mostrarle el camino.

El granizo en pradera abierta era peligroso. Como todo en Texas era enorme.

Ella aulló cuando un granizo del tamaño de una pelota de golf le golpeó el hombro. Declan fue repentinamente un borrón cuando la tormenta los alcanzó y el granizo los cubrió. Giró hacia la izquierda y ella lo siguió ciegamente. Cuando el edificio se alzó, Declan saltó de su caballo y abrió la puerta para que el caballo pasara.

Luego se quedó allí fuera esperando que ella llegara. Le dolía la piel por los golpes, pero solo sintió alivio hasta que ella cruzó la puerta. El rugido de la tormenta se apagó un poco al cerrar.

Algo cálido y duro se cerró sobre el muslo de Leo, al mirar hacia abajo se encontró con los fuertes dedos de Declan envueltos alrededor de su pierna. La ayudó a bajar del caballo.

—¿Estás bien? Eso fue algo inesperado. Cuando vi que venía detrás de mí, corrí para decírtelo —dijo.

—Me alegra que lo hayas hecho. No estaba prestando atención al clima. —Miró alrededor del pequeño granero en el que nunca había estado

antes—. ¿Y tú estás bien?

Él asintió bruscamente y comenzó a revisar su caballo. Ella hizo lo mismo, suspiraron de alivio cuando comprobaron que ambos animales estaban en perfectas condiciones.

Él se dirigió hacia la puerta del granero y la abrió un poco para mirar qué pasaba fuera. El ruido era muy fuerte.

—¿Es un tornado? —dijo ella débilmente.

Declan la atravesó con su mirada azul oscura.

—Creo que solo es granizo. No te preocupes, Leo. Estaremos bien aquí.

Se apoyó contra la pared de madera, su miedo volvió a apoderarse de ella y le hizo temblar las rodillas. Se frotó las sudorosas palmas sobre sus polvorientos vaqueros.

—¿Por qué le tienes tanto miedo a las tormentas?

Bajó la voz cuando se acercó a ella.

En el fondo, ella comprendió que la trataba como a un animal asustado. Mientras eso la molestaba, la intención la enternecía.

—No tengo miedo.

Cuando la sonrisa torcida de él dividió su rostro, su vientre experimentó un calambre.

—No puedes engañarme, Novata. Te estás agarrando a esa madera como si fuera una balsa salvavidas.

Ella levantó su mandíbula.

—Sé muy bien lo que es un huracán. Lo viví de niña y el rancho había quedado irreconocible. Soy un poco cautelosa, eso es todo.

—Cariño, estás tan blanca como una sábana.

Extendiendo la mano, él pasó un brazo por su cintura y tiró suavemente de ella contra su pecho.

Por un momento, no pudo respirar. Ella no sabía lo que se sentía ser llamada cariño o ser abrazada por Declan.

—Jesús, Leo, me vas a matar.

Ella se separó, pero él no la dejó.

—No. No lo hagas.

—Oh, no —susurró una fracción de segundo antes de que sus labios volvieran a juntarse.

Robó su maldita mente. Ella abrió la boca y metió la lengua en la de él, persiguiendo la suya una y otra vez hasta que pequeños jadeos estallaron en su garganta.

El ruido de la tormenta se desvaneció cuando su gemido gutural llenó el aire. Vagamente, se dio cuenta de que estaba colocando sus brazos alrededor de su cuello.

—Engánchate, cariño. Como la última vez.

No necesitaba pensar, su cuerpo reaccionó de inmediato. Ella envolvió sus piernas alrededor de su cintura y sus bragas se convirtieron en un pedazo de tela empapada cuando su entrepierna se encontró con su erección cubierta de mezclilla. Él se meció contra ella. Ella jadeó. Él inclinó su cabeza y la besó ferozmente. Cada mordedura en sus labios la encendió aún más.

La colocó contra la pared del granero y clavó su pene contra la V de sus piernas. Su cuerpo palpitaba.

Él salpicó de besos su garganta hasta sus pechos.

—Tengo que probarte.

Ella hundió sus dientes en el lóbulo de su oreja y él gruñó. Débilmente, Leo detectó los fuertes vientos afuera. Pero por lo que a ella respectaba, un gran tornado podía llevarse todo el estado. Volvió a concentrarse en la oreja entre sus dientes.

Cuando él la presionó sobre un montón de heno limpio, ella miró fijamente sus ojos ardientes. Él siguió hacia abajo. Un escalofrío la atravesó.

Declan abrió su camisa y metió la mano en su sujetador para sacar sus pechos. En el momento en que su pezón tuvo contacto con el aire caliente del lugar, este se irguió más de lo que ya estaba.

—No sabes cuántas veces he soñado con esto —dijo bruscamente antes de tomar su pezón en su boca abrasadora.

Ella se arqueó y gritó mientras deliciosas cintas de necesidad se extendían por todo su cuerpo. Con los ojos entornados, miró su rostro mientras adoraba sus pechos. Si había creído que las expresiones de Declan eran interesantes antes, ahora no podía apartar la mirada. Parecía hambriento. Como si no hubiera comido nunca en la vida.

Era un incendio forestal, ardiendo fuera de control a manos de ese hermoso hombre.

Él se inclinó hacia atrás lo suficiente como para que ella pudiera quitarle la camisa. Finalmente, la camisa se abrió para revelar sus esculpidos músculos del pecho bronceados por el sol.

Ella saltó de su pecho hacia sus abdominales y luego hacia el botón abierto de sus vaqueros. Sintió su atención en su rostro y levantó la mirada para encontrarse con la de él. Se arrojaron el uno al otro. Las lenguas se

enredaron, imprudentes. Ella deslizó sus manos por todo su torso. Él también empezó a desnudarla.

—Dios, cariño. Eres tan blanca como la porcelana. Sabes mejor que en mis sueños.

—¿Soñaste conmigo?

—Todas las noches durante semanas.

La sorpresa la golpeó.

—¿Qué... hacíamos?

Sus músculos estaban tallados en acero bajo sus dedos. Ella recorrió con sus manos su cintura, pero él sacudió la cabeza.

—No puedo, cariño. No tengo suficiente control para eso.

Antes de que pudiera responderle, él la besó y abrió sus pantalones al mismo tiempo. Cuando los dedos callosos se acomodaron en sus bragas, dejó de respirar. Cuando la punta de un dedo rozó su clítoris, aspiró una fuerte bocanada de aire.

Él dejó caer la cabeza sobre su hombro, jadeando con fuerza.

—Joder, estás empapada.

Siguió sus pliegues resbaladizos y hundió un dedo en su vagina. Ella gritó y retorció en su mano. Él enterró su dedo más profundo.

Su vagina apretada se cerró alrededor de su dedo y sus paredes internas se contrajeron. Compartieron un gemido primario. Luego empujó otro dedo. Lento al principio, haciéndola temblar, después aumentó la velocidad, tomando un ritmo que amenazaba con robarle el juicio a Leo. Estaba tocando un punto en su cuerpo que ni siquiera sabía que tenía.

Ella lo besó mientras él la llevaba al límite. La necesidad se intensificó. Su piel cálida y bronceada se humedeció bajo su toque. Ella clavó sus uñas en su espalda y giró sus caderas para enfrentar sus embestidas incluso mientras sus lenguas bailaban.

—Quiero hundirme más profundo, cariño. Déjame entrar.

Sus palabras calientes alimentaron más el fuego. Ahuecando su culo, él levantó sus caderas para recibir sus empujones con los dedos.

Un gemido desinhibido escapó de los labios de Leo, que al mismo tiempo comenzó a temblar.

—Estás cerca, cariño. Quiero que te vengas en mis dedos.

—Declan —jadeó, colgándose de su espalda.

—Vente, cariño.

La pasión fluyó y ella se elevó vertiginosamente. Enloquecida por la

lujuria. Cuando la primera pulsación la azotó, él ahogó su grito con otro beso.

Demonios, no podía parar.

Necesitaba reclamarla por completo.

Sacudió la cabeza, estaba en un debate. Ella era la ayudante del rancho y ahora él sabía cómo se veía cuando llegaba al orgasmo.

Los gemidos suaves de Leo seguían vibrando en su oído. A regañadientes, retiró su mano y metió los dedos en su boca, probando todo el sabor de su éxtasis. Un ruido bárbaro salió de su garganta y los ojos de Leo se abrieron de golpe. Verdes. Miel. Dorados.

—Sabes mejor que cualquier cosa que haya probado —dijo.

Un escalofrío la recorrió, retorciéndola debajo de él. Declan ardía por deslizarse entre sus piernas y regodearse más en esa adicción pecaminosa, pero no podía comprometerla más.

Rodó y la abrazó. Ella se mantuvo rígida por un momento, pero dibujó círculos por su columna vertebral desnuda y se relajó contra su costado.

El aroma fresco del heno se mezcló con su excitación. Pasó su lengua por su labio inferior, saboreando su frescura.

—¿Declan?

Su tono tranquilo lo alertó.

Alisando sus sedosos rizos rojos, la miró a los ojos.

—Sí, cariño.

—¿Quieres que...?

Se mordió el labio inferior...

—Esto no tiene nada que ver conmigo. Quería darte placer...

—Pero...

Con un nudillo debajo de su delicada barbilla, él levantó le la cabeza.

—Déjame darte esto, Leo. Por favor. Solo acuéstate conmigo mientras hago que mi cuerpo obedezca, ¿está bien?

Ella no respondió, pero tomó su silencio como un acuerdo.

Fuera, el granizo había pasado y los vientos se habían calmado. El interior era acogedor.

—¿Para qué se usa este granero? —Su voz era suave.

Un instinto protector se enroscó dentro de él.

Apretando su brazo alrededor de ella, inhaló su embriagadora fragancia.

—Travis lo construyó poco después de terminar su casa. Él planea poner algunos caballos aquí eventualmente. Hemos estado tan ocupados que no ha

tenido éxito.

—Puedo ver por qué necesitabas un ayudante en el rancho. Estás muy delgado.

«Sí y me gustaría abrir tus muslos y enterrarme hasta la empuñadura en ti». La idea sacudió los cimientos de su control una vez más. Su pene se endureció más y Leo se dio cuenta. De hecho, ella pasó una mano delicada por sus abdominales.

Él atrapó su mano en la suya. Su garganta estaba obstruida por el deseo. Todo lo que quería era estar allí, abrazado a ella. Una mujer dulce y dispuesta que no podía sacarse de la cabeza. Nunca tendría un momento aburrido con ella, estaba seguro de eso.

Nuevamente, ella se tensó. Luego se apartó.

Había herido sus sentimientos a pesar de sus buenas intenciones.

—Leo...

—Ya entendí, Declan. Está bien. Parece que la tormenta ha terminado.

Se levantó y se alejó, proporcionándole una visión atormentadora de su trasero y su torso desnudo con el cabello ardiente balanceándose sobre su espina dorsal.

Él se levantó de un salto y tuvo que detenerse para ajustar su pene antes de que se le partiera en dos. Para cuando la alcanzó, ella tenía sus brazos en las correas de su sujetador.

—No te vayas —dijo.

Ella dejó caer sus brazos, permitiéndole una vista frontal de sus pechos contra un sujetador rosa perlado. Su estómago se apretó.

—Tengo trabajo que hacer. Tú también.

—Sí, pero no puedo dejar que te vayas. No después de...

Ella se sonrojó y Dios, quería besarla. Una parte de él temía no poder dejar de besarla nunca.

Leo recogió su camisa, poniéndosela a la velocidad del rayo. No debería haberla tocado, pero ni un par de cuernos de toro en su pecho podrían haberlo detenido.

Cuando pasó los dedos por debajo de su nariz, inhaló sus aromas.

—Disfrútalo, vaquero. No seré tan crédula una segunda vez.

—¿Qué se supone que significa eso? ¿Crees que me aproveché de ti?

—De ningún modo. Pero está claro que no eres tan bueno conmigo.

—Dios, ¿eso es lo que crees?

—Por lo general, cuando la gente se lía, el tipo no frena, así porque sí.

Se agachó para coger su sombrero del suelo. Él se acercó a ella y se lo quitó. El sombrero de fieltro cayó al suelo alrededor de sus botas polvorientas.

—¿Con cuántos hombres te has liado?

Sus ojos brillaban verdes.

—Los suficientes como para saber que soy una estúpida por haber dejado que pasada esto entre nosotros, Declan Anderson.

—Si usas mis dos nombres otra vez, voy a enseñarte una lección.

Ella se rio, pero no había humor en su mirada.

—Mira, olvidemos que esto sucedió. Soy tu ayudante y trataré de no estorbarte. Has lo mismo. ¿De acuerdo?

—No.

Él enredó sus dedos alrededor de su muñeca. Los huesos eran pequeños, pero los tendones que los rodeaban eran fuertes. Todo en ella era una contradicción.

Leo trató de alejarse.

—Por favor déjame ir.

—No hasta que discutamos esto.

—No hay esto. No sucedió.

Él bajó la cabeza para mirarla a los ojos.

—Ah, ¿sí?

—¿No pensarás contar lo que hicimos?

—Por supuesto que no. No soy tan idiota. Pero sucedió, cariño. Estabas empapada por mí, salvaje por mis besos y te viniste en mis dedos.

—Basta...

—De ninguna manera. Sé que piensas que no te deseo porque puse el freno. No es el caso. Te deseo...

Él movió su mano hacia su entrepierna. Sus testículos palpitaban y su glándula parecía hincharse más a cada segundo.

—Te quiero a ti, Leo. Pero no iré más allá. Aún no.

—¿Todavía no? —su voz era un susurro.

—No hasta que sepa dónde estamos parados. Diablos, ni siquiera creo que te caiga bien.

—Definitivamente no, eres un idiota —respondió de inmediato.

«Pequeña mentirosa». Él reprimió una sonrisa.

—Cuando te vi en el aeropuerto pensé que ibas a cambiar la forma en que trabajamos en el rancho —dijo.

—¿Y?

Ella lo miró desafiante.

—Y, en efecto, es lo que has hecho.

—No te gusta la forma en que hago las cosas...

—Me gustas mucho, cariño. Solo necesitas un poco de domesticación.

Ante eso, ella se liberó, cruzó el granero y fue por su caballo.

Salió tras ella, la agarró en los brazos y la dejó sobre el lugar donde había estado explorando su cuerpo.

—¿Qué demonios estás haciendo?

Ella pateó.

—No saldremos de aquí hasta que hayamos hablado de esto.

—O nos matemos...

—Ya me estás matando, cariño.

La arrastró hasta el heno, acunándola en su pecho.

Entonces ella lo mordió.

Después de hundir sus dientes en su hombro, sintió el pecho de Declan vibrar. Entonces un gruñido brotó de él y rodó sobre ella, inmovilizándola contra el heno. Con su peso apoyado en los codos él la miró a los ojos.

Maldito fuera y su estúpida sonrisa torcida. ¡Pero sí sabía sonreír el cabrón! Y esa expresión en sus rasgos fuertes la haría salir del rancho al final. No podía trabajar junto a él día tras día con las bragas húmedas y los pezones a punto de rasgar su camisa.

—Déjame ir —chilló ella como si su peso la estuviera aplastando.

—¿De qué tienes tanto miedo, Novata?

Su cálido aliento pasó a centímetros de sus labios. Esta vez su apodo fue una caricia oscura.

Ella colocó sus manos sobre su pecho para empujarlo.

—Tengo miedo de que tu padre entre y nos vea enredados así.

—Nadie vendrá aquí.

Ella sacudió su cabeza.

—Quítate. Declan, por favor.

—Leo...

El roce de sus labios fue tan suave como abrasador. Él hundió sus dedos en su cabello y ella los enredó en su nuca. Una vez que la punta de su lengua tocó la suya, rompió el beso.

—No podemos seguir haciendo esto, Declan.

—¿De qué tienes miedo? —preguntó por segunda vez.

—¿Y tú de qué tienes miedo? ¿De no encontrar una esposa y obtener tu parte del rancho? —Él dejó de sonreír—. Sí, tus hermanos me lo contaron.

En voz muy baja, dijo:

—No, de lo que tengo miedo es de no encontrar una buena mujer. De nunca tener con quien acurrucarme por las noches y hacer planes para el futuro.

El corazón de Leo se contrajo.

—Tu turno. Dime de qué tienes miedo. Además de las tormentas.

—Tengo miedo de... —«Nunca tener una verdadera familia».

Leo se sentía a la deriva. En unas pocas semanas, los Anderson le habían devuelto un sentido de pertenencia, aunque Declan todavía era un dolor en el culo.

—¿De..?

—Nada.

Ella empujó contra su pecho, alejándolo lo suficiente para poder escabullirse. Se puso de pie de un salto, buscó su sombrero y se apresuró a salir del granero, olvidando su caballo. Él no la llamó ni la siguió. Tenía que comprobar que esa atracción que sentían no era como dinamita en un campo de heno y que no ardería todo con apenas una chispa.

Leo tardó varios minutos en llegar a la casa de Lizzie y Travis, pero sus emociones aún estaban enloquecidas. Ben abrió la puerta con una sonrisa tímida y Lizzie apareció detrás de él con Emma en sus brazos.

—Leo —dijo con sorpresa.

—Hola. Estoy aquí para pedirte un favor.

—Por supuesto. Adelante.

—No quisiera molestar demasiado. Solo... bueno me gustaría tomar prestado tu automóvil.

Lizzie abrió los ojos de par en par.

—Oh, por supuesto. ¿Está todo bien?

—Sí. Solo quiero ir a Vixen a comprar algunas cosas. ¿Hay un supermercado allí? No tenía ningún interés en el supermercado ni en Vixen, pero necesitaba salir del rancho.

Estar lejos de Declan Anderson.

Lizzie le dio algunas indicaciones y le pasó las llaves.

—Gracias, Lizzie. Lo aprecio. ¿Necesitas algo?, puedo traértelo.

—No, justo ayer fui de compras.

Leo subió al automóvil y se dirigió hacia la carretera principal. Después de un par de kilómetros se relajó y respiró profundamente el aire fresco del campo.

Había sido una estúpida. Debía ser un hechizo. Esos ojos azules le habían robado la razón. Su cuerpo aún hormigueaba por su cercanía. Estaba completamente indefensa contra esa mirada.

Le encantaba el rancho y quería quedarse, pero eso significaría trabajar

juntos. No podía confiar en sí misma. Y él le había demostrado que tampoco podía apartar sus manos de ella.

El cielo estaba cubierto de pesadas nubes negras. No eran nada comparadas con su cabeza. Para cuando llegó a Vixen, estaba más nerviosa que después de haber salido del granero.

Antes de entrar al supermercado, Leo sacó su móvil. Bien iba a terminar con eso. Esperó a que su madre respondiera.

—Mamá —dijo cuando ella le contestó la llamada.

—¡Leo! ¡Qué bueno saber de ti!

¿Por qué estaba chillando?

—¿Tienes compañía, mamá?

—Sí, cariño. Ahora estoy en un club de póquer.

—Quería que supieras que estoy trabajando en el Rancho Anderson. No hay servicio allí, pero tienen un teléfono fijo por si me necesitas para algo. ¿Tienes un bolígrafo?

—¿Podrías darme el número más tarde? Es mi turno en el juego.

Leo no debería haberse sentido lastimada por la distracción de su madre y sus maneras despreocupadas, pero lo estaba. De nuevo esa sensación de deriva vino cayó sobre ella. Ella realmente era una mujer sin hogar, no era más que una simple trabajadora.

—De acuerdo, mamá. Esta bien. Te hablaré tan pronto como pueda. ¡Disfruta tu juego!

En el supermercado compró dulces para los niños y un frasco de mantequilla de maní para Declan, después volvió al rancho. Solo estaba siendo amable, llevándoles un regalo, ¿verdad?

Entonces, ¿por qué su corazón se enloqueció cuando lo vio sentado en el porche?

Sus miradas se cruzaron mientras atravesaba el patio. Él bajó los escalones del porche.

Con un nudo en la garganta, levantó la bolsa.

—Te tengo un regalo.

—Cariño, ver tu cara otra vez es suficiente para mí.

—No aquí —susurró Leo a Declan mientras él la abrazaba.

Él la ignoró, había estado con el alma en un hilo desde que supo que había salido del rancho. Ella podía molestarlo todo el día e incluso negarse a escucharlo, pero no podía ni imaginar que se fuera del rancho para siempre.

Ella comenzó a alejarse y él se abalanzó para darle un beso en el cuello,

justo debajo de su oreja.

Un escalofrío la recorrió.

Sonriendo, él se enderezó y la dejó ir.

Le arrebató la bolsa de la mano y dijo:

—¿Qué me trajiste?

—Solo es una ofrenda de paz.

Leo bajó la mirada hacia sus botas.

Él la miró con atención, mientras sacaba el frasco de mantequilla de maní, era su vicio.

—¿Ofrenda de paz?

—Sí, no debería haberme ido de la forma en que lo hice.

—Pues sí, tienes razón....

Ella levantó la cabeza para mirarlo. Entonces levantó su mandíbula en desafío.

—Trabajo aquí. No soy tu perro al que puedes dar órdenes según te plazca.

—No, no eres. Pero después de lo que pasó en ese granero...

—¡Shhhh!

Ella lo agarró del brazo y lo alejó de la casa. Estaba echando humo.

—Lo que sucedió en el establo no fue el final, Leo.

—Por supuesto que sí, no pienso dejar que algo así vuelva a suceder.

Vine aquí para trabajar...

Maldita sea, era luchadora. E inteligente, sexy y dulce. Era todo lo que sus hermanos amaban en sus esposas y mucho más. Dio un paso hacia ella.

Ella retrocedió, con las manos en guardia.

—Conozco esa expresión en tu rostro, Declan Anderson.

—¿Cuál? Y solo llámame Declan.

Tan pronto como la tomara en sus brazos, iba a hacerla gemir su nombre.

—Esa mirada hambrienta. Me vas a besar.

En un abrir y cerrar de ojos, se dio cuenta de que tenía la intención de hacer precisamente eso. Solo que él no estaba jugando con Leo; si la metía en su cama, nunca la dejaría ir.

—Tengo la intención de hacer algo más que besarte, cariño. Deja de pelear.

Sus ojos se oscurecieron, pero definitivamente no eran verdes, lo que significaba que no iba a recibir una paliza.

No, había visto ese color profundo justo antes de que ella se alejara de él.

Con una zancada recortó el espacio entre ellos y la tomó en sus brazos, arrastrándola contra su cuerpo. Su pene volvió a la vida con el primer contacto. Sosteniendo su rostro, reclamó su boca. Sus lenguas chocaron con un gemido.

En un viaje al aeropuerto había encontrado a la mujer que no quería soltar.

Y sabía a helado de frambuesa.

—Mi favorito —dijo entre besos.

Ella le hundió las uñas en la espalda.

—¿Qué?

—El helado. No luches, cariño.

Él la miró a los ojos fijamente por unos segundos. Algo suave y puro vivía en su mirada y necesitaba acercarse a ella. Ahora.

Ella se puso de puntillas para besarlo de nuevo, pero él se contuvo, solo mirándola.

—Pasea conmigo.

—¿Dónde?

Él entrelazó sus dedos y tiró de ella hacia el granero.

—Solo di que sí.

—Bueno.

—¿Sabías que tengo una moto?

Ella se quedó boquiabierta.

—No. ¿Es en serio?

—Pues claro.

Cuando Leo se subió a la parte trasera de la moto, su necesidad se convirtió en un dolor profundo.

—Pon tus brazos alrededor de mí.

—¿Qué? No. Todo el mundo lo verá...

Declan arrancó y Leo se replanteó lo de sujetarse a su cintura, se agarró con toda su fuerza.

Lanzando un grito de alegría, Declan se lanzó al otro lado del rancho. Con ella pegada a él y el viento en su cara, nunca había sentido tanta felicidad. Ella chilló mientras giraba hacia la izquierda.

—Declan —gritó ella mientras descansaba la cabeza en su espalda y reía.

Conducir a través del rancho con ella se sentía tan bien. Ella lo había visto en su peor momento y ahora quería mostrarle lo mejor de sí mismo, todos los días de su vida.

Cuando le había pedido que pasearan juntos, ni siquiera tenía idea de en dónde terminarían. Ahora era totalmente evidente para él. Las luces de la casa de Josh se volvieron más cercanas. Iban para la propiedad que algún día poseería... si encontraba una esposa.

Dejó que los sueños se dibujaran en su mente. Un gallinero aquí, un potrero allá. En medio una cabaña de troncos con grandes ventanas con vista al Rancho Anderson. Él sosteniéndola toda la noche en sus brazos y despertándola por la mañana con besos. Salir antes del amanecer, juntos. Quería trabajar junto a ella todo el día y llevarla a la casa por la noche. Nunca tendría suficiente de ella.

Nada había sido más claro en su vida.

Se había enamorado de Leo. Desde su cabello encendido y su boca atrevida hasta las puntas polvorientas de sus botas, era la mujer perfecta para él. Ella lo volvía loco en todos los sentidos. Cuando había ido a Vixen, había sentido un abismo abierto en su alma. Incluso saber que volvería no había sido suficiente. Después de pasar semanas a su lado, no quería pasar ni un segundo más lejos de ella.

Si era sincero consigo mismo, cada vez que se distanciaban, terminaba preguntándose qué estaba haciendo.

Mientras disminuía la velocidad de la moto, trató de organizar sus pensamientos y sentimientos. Estaba hambriento por reclamarla ahí mismo en su tierra. Pero ella era una mujer difícil de descifrar.

Solo bajaba la guardia de vez en cuando.

Con un plan en mente, apagó el motor. Ella soltó su agarre y se alejó para que su pecho no quedara pegado a su espalda. El aire fresco se precipitó sobre su espina dorsal e instantáneamente extrañó su cercanía.

—¿Quieres caminar conmigo? —preguntó en voz baja.

Estando allí parecían ser los únicos humanos sobre la tierra. Parecían estar tan aislados. Sí, quería desnudarla, acostarla bajo el gran cielo de Texas y acomodarse entre sus muslos, nadie los interrumpiría.

Ella bajó de la moto y él hizo lo mismo. Se enfrentaron el uno al otro.

—Nunca he estado en esta parte del rancho.

—No vengo aquí a menudo.

Ella apretó los labios.

—¿Esta es tu tierra, Declan?

Lllamarlo por su nombre tenía que ser una buena señal.

Asintiendo con la cabeza, intentó mirarla a los ojos, pero ella fijó su atención en el lugar.

Acercándose más, Declan le puso una mano en la nuca justo debajo del ala de su sombrero. El cabello rojo sedoso contra sus dedos hizo que su entrepierna se endureciera al instante. Lo que habría dado por esparcir todo ese delicioso cabello sobre una almohada y enterrar su nariz en él.

Leo se giró y se alejó unos pasos. Con sus manos enlazadas protectoramente ante ella y su mirada abatida, él podía adivinar lo que pasaba por su mente.

—Realmente no quieres darnos oportunidad, ¿cierto? —dijo.

Ella se concentró en la punta de su bota.

—No lo sé, Declan.

Lo que él no podía adivinar era que Leo se moría por cerrar la brecha que los separaba, abrazarlo y envolver sus piernas alrededor de él. Rodar hasta la hierba juntos entre besos y caricias, a pesar de que su lenguaje corporal gritaba que no lo quería cerca.

Estaba asustada. Su trabajo estaba en juego. Y ¿sus sueños? Estaba a punto de quedarse sin nada por acostarse con uno de los hijos del dueño.

—Sabes que esto no tiene nada que ver con tu trabajo, ¿no?

Él avanzó un poco.

Finalmente, se encontró con su mirada.

—¿Quieres decir que besarte no es un requisito para el trabajo?

—Nos besaremos, sí, pero no es parte del trabajo.

—No estoy en la misma página que tú.

—¿No? Tu cuerpo dice lo contrario.

Él hizo un gesto hacia sus pechos. Cada pezón era una deliciosa goma de mascar, claramente visible debajo de la tela.

Ella cruzó sus brazos sobre ellos.

—Por favor, deja esto, Declan. No estamos bien juntos. Ni siquiera nos agradamos.

Con el pecho apretado, dijo bruscamente

—A mí sí me agradas.

Con un movimiento brusco, ella comenzó a caminar. La alta hierba le rodeaba las pantorrillas, atrayendo su atención hacia las líneas de sus piernas. Su deseo subió.

—Odias cómo me comporto con el heno de los caballos. Cómo levanto los terneros enfermos. Como me relaciono con tu familia. ¡Todo!

—Nunca dije eso.

—No tienes que hacerlo. Lo veo en tu cara. El único momento en que te gusto es cuando tu lengua está en mi boca.

—No es verdad. También cuando acaricio tus senos.

Se le encogieron los testículos cuando vio sus ojos verdes. De acuerdo, quizá había seleccionado mal su frase para irritarla.

—No debería estar aquí contigo, Declan. No pertenezco a esta tierra.

Ella continuó alejándose. Cinco pasos, seis. No fue hasta que estuvo a diez pasos que comprendió que no regresaría.

—Dame una buena razón por la que no le darás una oportunidad a lo que sentimos —gritó.

Ella dejó de caminar. Sin volverse, respondió:

—Te daré diez.

Cuando se giró para mirarlo, su corazón dio un brinco.

Al verlo comprendió que él estaba tan loco por ella como un hombre podría estarlo.

Maldición, lo que sentía era tan profundo que apenas podía respirar.

—Estoy esperando.

Burlarse de ella parecía ser la mejor manera de mantenerla hablando.

—Uno, porque ahora mismo te odio. Me trajiste a un lugar que no puedes tener a menos de que yo esté de acuerdo con algo que no quiero.

—No creo ni por un momento que me odies.

Un rastro de sonrisa se dibujó en la comisura de su boca.

Ella retrocedió un paso.

—Dos y tres: me engañaste para que pensara que solo íbamos a dar un paseo.

—Te daré eso, pero de buena gana subiste a la moto, cariño. No te importaba a dónde íbamos.

Ella pasó sus dedos por su larga cola de caballo. Parecía que el fuego lamía sus dedos.

—Cuatro, no me voy a quedar en este rancho. Buscaré otro trabajo esta noche.

—Dudo que puedas irte. No solo de mí lado sino de aquí. Quieres a mi familia, lo he visto. Encajas perfectamente con Andrea y Lizzie, los niños te adoran y los demás te respetan y admiran.

Ese era un golpe bajo. Su cara estaba roja y lucía un poco llorosa. Su corazón se rompió un poco.

Él dio un paso hacia ella.

—Cinco —farfulló y negó con la cabeza—. Seis...

Lo miró a los ojos.

Estaba a cinco pasos de ella.

—¿Qué? ¿No hay cinco ni seis?

—Siete... Cruzé una línea que no puedo cruzar otra vez.

Estar al alcance de su brazo y no poder tocarla le provocó un dolor lacerante.

—Esa línea solo existe en tu mente, Pelirroja.

—Ocho... —Su voz vaciló mientras él cerraba su mano alrededor de su brazo. La atrajo lo suficientemente cerca como para sentirla temblar—. Eres un idiota. Pero eres uno de las mejores personas que he conocido, Declan.

La sonrisa en su corazón se dibujó en su cara.

—Esa es una razón para que te quedes. Las buenas personas estamos llenas de amor...

—Nueve, ¿dijiste amor?

El asintió.

—Sí.

Cerrando el espacio entre ellos, por fin reclamó sus labios. Ella se abrió para la invasión de su lengua y compartieron un gemido cuando la necesidad ardiente se vertió en sus sistemas. La pasión de Leo fluyó con el beso y él supo que la tenía. Incluso si su mente obstinada aún no había aceptado lo inevitable, era solo cuestión de tiempo.

Y tal vez un orgasmo o dos.

Él ahuecó sus pechos, sus pulgares contra sus distendidos pezones. Ella gritó, arqueándose. Con un solo movimiento de sus pulgares sobre cada uno, comenzó a presionar pequeños besos en su cuello. Cuando apretó los dientes alrededor de un pezón sobre la tela, ella le rodeó la cabeza con las manos.

—¿Tienes un diez? —preguntó.

—Sí —jadeó.

—¿Cuál?

—Oh, Dios... Creo que lo olvidé...

9

Cuando Leo se derritió en los brazos y besos de Declan, su mente se tambaleó. Le sorprendió permitir su contacto. Pero más le sorprendió ser consciente de que estaba enamorada del idiota...

Incluso mientras discutían en el campo, una fuerte camaradería vivía entre ellos, ¿cómo no lo notó? Bueno, no era exactamente una experta en las cosas del amor. Pero sabía que nadie la había hecho sentir así. No solo era cómo le revoloteaba el estómago, también era cómo conseguía que se derritiera en un segundo.

¿Lujuria? Demonios, sí. Y estaba a punto de caer a sus pies.

Curvando sus manos en sus nalgas, se balanceó contra su enorme erección. Sus bragas estaban empapadas.

—Disminuye la velocidad, cariño. O no aguantaré.

Inclinando su cabeza, ella mordisqueó su lengua. Él palmeó sus pechos. El dolorido peso de sus manos era el placer más decadente. Gimió en su boca.

Largos y vertiginosos besos.

No se dio cuenta de que la había arrastrado hasta el suelo hasta que la hierba le hizo cosquillas en los brazos. Mientras lo miraba, quedó sin aliento. La expresión ardiente de su rostro realmente le robó lo último que quedaba de su resistencia.

—Te quiero —su voz fue un susurro áspero.

La insinuación de una sonrisa curvó sus labios. Luego él colocó entre sus piernas, sin dejar de acariciarla ni por un momento.

Cuando su pene se asentó contra su entrepierna palpitante y sus brazos se llenaron del musculoso vaquero, se olvidó de que era la ayudante del rancho, que él le pagaba el sueldo o de la cantidad de veces que habían discutido.

En ese momento, nada más importaba.

Ella se perdió en su mirada mientras se frotaba contra su cuerpo duro. Él

metió la mano bajo su camisa y encontró su pecho derecho. Lo apretó ligeramente, moviendo su pulgar sobre su pezón erecto. Ella gritó, pero su toque desapareció demasiado rápido, moviéndose hacia su pecho izquierdo.

Volvió a repetir su caricia hasta dejarla sin aliento y le mordió el hombro en respuesta.

Un rugido de risa vibró su pecho.

—Eres una vaquera pequeña y salvaje. Me encanta la forma en que das batalla. Estamos bien emparejados, preciosa.

Sosteniendo su mirada, él hizo algo totalmente injusto, restregó sus caderas, arrastrando su erección sobre su clítoris. Incluso a través de la tela la dejó débil y temblorosa.

—He estado soñando con tu aroma en mis dedos. Pero no es suficiente, cariño.

Besó su cuello, el espacio entre sus pechos palpitantes y su cintura.

Su barba áspera y sus labios abrasadores sobre un área tan intacta la hizo retorcerse. Ella hundió sus dedos en su pelo, notando que sus sombreros se habían caído en alguna parte del camino.

Él lamió su piel, que se erizó en respuesta.

Mientras él desabotonaba sus vaqueros, ella hacía lo propio con su camisa.

—Todavía llevamos las botas.

—Maldición.

Con un movimiento rápido se las quitaron.

Bajo su mirada, se sintió hermosa y sexy.

Con un fuerte tirón, él le quitó los pantalones vaqueros y sus bragas.

La atacó. Se deshizo también de su camisa y sujetador. Una vez que estuvo desnuda, su mirada la recorrió de arriba abajo.

Ella esperó.

Finalmente dijo:

—Nunca había visto algo tan hermoso en toda mi vida.

Su corazón dio vueltas y comenzó a batir un nuevo ritmo.

Con la emoción alimentándola, tiró de él hacia abajo para besarlo y derramar todo su deseo en ello. Mientras sus bocas se batían en duelo, ella le abrió la bragueta.

Deslizando su mano dentro de sus calzoncillos para tocar su pene, le arrancó un gruñido primario.

Menos mal que estaban fuera; Declan Anderson podía ponerse bastante

ruidoso.

Hundiendo los dientes en su labio inferior, pasó la palma por su pene, envolviéndolo en una caricia atormentadora.

Una y otra vez. Aprendiendo de memoria el recorrido de sus venas. Deslizó el pulgar a través de la humedad que se acumulaba en la punta y con la boca hecha agua, se llevó el pulgar a los labios y lo probó.

Los ojos de él se cerraron.

—Dios mío, me estás matando....

—Qué bien...

Ella agarró su muñeca y llevó sus dedos donde más los quería. Cuando comenzó a acariciarla, fue su turno de ser demasiado ruidosa.

—Tengo que probarte.

Con esas palabras, bajó por su cuerpo dejando un camino de besos húmedos hasta su clítoris. Justo cuando besaba esa zona palpitante hundió un dedo en ella.

Leo clavó sus uñas en la hierba. Los ricos aromas del campo, eran testigos de su placer.

No se le ocurría nada más perfecto que sus labios y su lengua. Chupando, mordisqueando, lamiendo en todas direcciones. Dibujó círculos alucinantes alrededor de su clítoris antes de meter otro dedo a su vagina.

Ella gritó mientras sus jugos fluían sobre los dedos de él y se derramaban en su palma.

Sus paredes se apretaron.

Se estaba derritiendo o quizá se iba a desmayar, ya ni siquiera podía pensar.

Su orgasmo se aceleró y un brillante estallido de fuego la atravesó. Su vagina palpó cuando una necesidad más profunda se instaló en su vientre.

Jadeando, ella tocó su suave cabello, en estado de liberación.

Pertenecía a Declan Anderson.

Gracias a Dios tenía un condón.

El hecho lo sorprendió, porque no había tenido relaciones sexuales durante demasiados meses como para si quiera recordarlo. Cuando él se arrodilló entre sus piernas y enrolló la goma con manos temblorosas, la lengua de Leo se movió sobre su labio inferior.

Él gruñó.

—Sigue haciendo eso con tu lengua y no duraré ni un minuto, cariño.

Ella siempre había sido hermosa, pero ahora, con las mejillas rojizas y el cuerpo tembloroso, le robaba el aliento.

Luchando por recuperarlo, se deslizó entre sus muslos musculosos.

Leo envolvió una pierna alrededor de su cadera, se inclinó para besarla. Saboreando sus labios y con la sensación que ella le inyectaba con sus caricias, los segundos se le hicieron eternos.

Con un solo movimiento hundió su pene ansioso en los pliegues resbaladizos de la hermosa pelirroja.

Un escalofrío los atormentó a los dos. Necesitaba tomarla. Se le pasó por la cabeza decirle que esa no sería la única vez, que una vez que acabaran ella le pertenecía. Pero ella se arqueó e hizo un sonido de impaciencia, entonces olvidó las palabras.

Apretado por su calor húmedo avanzó más en su cuerpo, hasta chocar contra un punto que la hizo gritar.

Después de eso se olvidó de todo lo demás.

—Diablos, Leo. Encajas tan malditamente bien.

—Declan...

Sus suaves dedos acorralaron su rostro mientras lo arrastraba hacia su boca.

El beso que compartieron lo inundó con sentimientos que estaba bastante seguro nadie más lo había hecho sentir.

Amaba a Leo más que a nada.

Haría cualquier cosa, daría cualquier cosa por verla feliz y estar a su lado.

Se estremeció por el esfuerzo de permanecer quieto dentro de ella, pero quería aferrarse al momento y hacer de él algo que recordaría cuando se sentaran en sus balancines hablando de sus nietos.

Sus paredes internas parecían querer absorberlo, emitió un jadeo involuntario.

Ella lo pellizco en las costillas.

—Muévete, Anderson. ¡Ya!

—Ya que insistes...

Se retiró con exquisita lentitud.

Ver su cara ondular de placer era casi mejor que las sensaciones de estar dentro de ella.

Oh, diablos, sí.

Casi.

Enredando su lengua lentamente con la de ella, se hundió en su vagina. Centímetro a centímetro, con el deseo arrojándolo hasta el cielo.

A ese ritmo, nunca le daría su liberación.

—Declan. —Su voz sonaba tan desesperada—. Más. Más rápido, maldición.

Con un movimiento de cabeza, él dijo:

—No puedo. Tengo que hacerte esto bien primero.

Sus ojos verdes y dorados se fijaron en los de él mientras ella envolvía su otra pierna.

Dios, no podía...

Maldita sea...

Se sumergió profundo y duro. Salió. Ella gritó. La lujuria salvaje golpeó su sistema, impulsado por la necesidad real de reclamar su cuerpo y alma continuó a un ritmo que los iba a llevar a la locura.

Su segundo orgasmo la barrió, él se concentró en la forma en que sus ojos se oscurecían y en los gritos fervientes que escapaban de sus labios hinchados por el beso.

Pasó su mano desde el pecho a la cadera, enloquecido por la necesidad. La presión creció en su cuerpo hasta que apenas pudo hacer espacio para una bocanada de aire. Ella arqueó sus caderas y deslizó sus manos en sus nalgas para hundir sus embestidas hasta lo más profundo.

Un hormigueo en la base de la columna vertebral lo hizo ir aún más rápido.

Sus testículos se tensaron.

Tenía que tenerla.

En su tierra.

En su vida.

Para siempre...

Echando la cabeza hacia atrás, rugió mientras salía despedido de su cuerpo. La sensación de sus manos sobre su pecho y los dulces aromas de ella lo rodearon. Se entregó a su cuidado.

Unos instantes después abrió los ojos y descubrió que, de algún modo, había logrado ponerse a su lado, ella estaba acurrucada contra él.

Un muslo cremoso se extendía enredado en su cuerpo y unos dedos finos y blancos jugueteaban en su pecho.

—No sé cómo voy a vivir sin esto durante doce horas diarias mientras

trabajemos —dijo.

Girando su cabeza, la miró, pero no pudo distinguir su expresión.

Estaba escondida debajo de una tonelada de pelo rojo

Deslizando sus dedos por su espina dorsal, dijo:

—¿Cariño?

—¿Mmm?

Oh, no.

Esa no era una buena señal.

Él atrapó su barbilla y levantó su cara. Ella miró hacia el cielo, lo que lo asustó muchísimo.

Su pecho se derrumbó un poco.

—¿Qué pasa, Leo?

Rodó lejos y se puso de pie.

Él se sentó, con el corazón latiendo con fuerza.

Joder, ¿la había lastimado? No lo creía. Y no quería pensar que estaba arrepentida. Pasó una mano por su rostro.

Mientras la miraba, ella clasificó sus ropas en pilas y comenzó a vestirse.

—¿A dónde vas? —preguntó con un nudo en la garganta.

—Tengo tareas para la noche, ¿no?

No creía que fueran a trabajar juntos, bromeando y hablando de cómo habían hecho el amor antes.

Cuando ella tuvo las bragas, el sujetador y la camisa, recogió su cabello en una coleta. Él dejó de respirar.

Si ella se alejaba esta vez...

—Cariño, tenemos que hablar.

—No hay mucho que decir, ¿no? Creo que hablamos bastante al principio...

Se puso de pie, desnudo.

—¿Entonces aún tienes dudas?

Sus ojos estaban completamente muertos sin la luz del deseo y el amor brillando allí.

Sabía que ella lo había sentido antes, lo había visto.

Cuando él la alcanzó, ella se giró y saltó sobre un pie para ponerse sus vaqueros.

—Esto fue un error, Anderson.

—Maldición, Leo. —La agarró por los brazos y la atrajo hacia sí—. No

hubo ningún error. Estoy enamorado de ti y no es porque necesite una mujer para poner en esta tierra. Amo tu terquedad, como ahora. Me encanta cómo te pones de quisquillosa con el heno, incluso cuando temo que vas a destrozarte la espalda haciéndolo. Estoy orgulloso como el infierno cuando te veo salir de debajo de una máquina, grasienta y despeinada. Y cuando me envuelves las caderas...

—Detente, por favor.

Sus palabras fueron tan dolorosas, que cerró la boca de golpe. Ella se retiró de su agarre y puso un montón de espacio entre ambos.

—No voy a dejar que creas que esto es un error. No somos una aventura, Leo, ¿no lo ves? ¡Maldita sea! ¡Lo vi en tus ojos!

—Solo es deseo... La lujuria es difícil de controlar a veces.

—Esto no es solo lujuria y lo sabes.

Ella negó con la cabeza y se colocó el sombrero cubriéndose los ojos para que no pudiera ver de qué color eran.

Luego se alejó, dejándolo solo en un lugar desierto que perdió todo color y hermosura una vez ella desapareció.

Otra vez.

Había admitido su amor por ella y después de eso sabía que nunca sería capaz de vivir allí con ninguna otra mujer.

El cielo azul se oscureció un poco más con cada paso que alejaba a Leo de Declan. Su pecho se sentía pesado y sus pies otro tanto. Todavía podía sentir su mirada sobre ella. Pero estaba sola.

Con el calor abrasador, alucinante y conmovedor del momento en que hicieron el amor, estuvo flotando. Luego, tan pronto como mencionó que trabajarían juntos, se fue de culo al suelo.

¿Qué había hecho? Comprometió un trabajo que adoraba. Después de unas semanas allí, sabía que no solo Declan la hacía feliz. Ella encajaba. Y eso a menudo no sucedía. Ni siquiera había encajado en su propia familia. Los Anderson la atraían hacia su círculo con sonrisas y una calidez que no conocía desde la muerte de su padre.

Quizás ella no estaba enamorada de Declan Anderson, estaba enamorada de su familia. Dios santo, estaba tan confundida.

Envolviendo sus brazos alrededor de su cuerpo, se dirigió hacia el barracón. ¿Irse o quedarse y enfrentar al hombre al que acaba de darle todo?

Negó con la cabeza, se estaba mintiendo a sí misma. Estaba enamorada de él.

Una cálida brisa le hizo cosquillas en la cara. Ella y Declan habían cruzado un límite prohibido.

Ahora cada vez que sus miradas se encontraran, lo sentiría moverse dentro de su cuerpo. Cuando trabajaran solos, él querría ponerle las manos encima. Y que Dios la ayudara, ella querría que lo hiciera.

Un escalofrío recorrió su columna vertebral por los intensos recuerdos que la bombardeaban. Cada toque y mirada vivirían en su mente, eclipsando todo lo que había vivido antes. Declan Anderson se había convertido en la persona más importante.

Corrió al barracón y maldijo nada más entrar, incluso ese lugar estaba contaminado con su presencia. Se había emborrachado y se había desmayado en su litera. Entonces él se había despertado y la había visto vestirse, y ella lo

había dejado ver, amando sus ojos sobre ella como la caricia de una mariposa.

Tan pronto como cerró la puerta, perdió los sonidos del rancho. Ganado, caballos, chillidos infantiles. El columpio del porche crujiendo.

Se dejó caer en su litera, con la cabeza entre sus manos, pero olían al cuerpo masculino de Declan. Luchó contra algunas lágrimas de rabia. La regla número uno en el rancho era no dormir con el jefe y ella se la había pasado por el forro.

No sería fácil encontrar otro rancho dispuesto a tomar a una ayudante mujer. Y no podía volver a engañar a otro ranchero. A partir de ahora, sería honesta con su identidad. No era de extrañar que Declan hubiera estado contra ella al principio.

Incapaz de quedarse quieta, se levantó y salió del barracón. El viento fue constante mientras cuidaba algunos caballos y se fijaba en la gata embarazada del granero.

Dobló una esquina, con el cubo de agua vacío en la mano y chocó contra Lou. La mujer era más robusta de lo que parecía, Leo dio un paso atrás.

—Oh, querida. Lo siento. Pensé que estabas fuera con Declan.

El pánico se apoderó del pecho de Leo cuando se encontró con los ojos de la mujer.

—Oh, no. Fue mi culpa.

—¿Que estuvieras con Declan?

—Chocar contigo.

Los ojos de Lou Anderson no eran azules como los de todos los demás; eran verdes como la primavera y no había ni rastro de ira en ellos. La brisa azotaba algunos mechones sueltos de la mujer y amenazaba con arrancarle el sombrero de la cabeza. Lou lo sujetó para mantenerlo en su lugar.

—Parece que necesitas una taza de café fuerte. Ven adentro conmigo.

No era una pregunta y Leo asintió vacilante.

Indefensa.

La siguió por el patio y entró en la casa. Cuando la puerta se cerró, captó los débiles sonidos de la moto.

Declan...

Una vez sentada en la larga mesa de madera con una taza de café humeante en la mano, se sintió más confundida que nunca. Cuando Lou apoyó una mano, Leo comenzó a hablar.

—¿Cómo has seguido?

—Bien, el médico cambió mi medicamento y está funcionando de maravilla.

—Me alegra...

—Oh, muchas gracias...

Leo envolvió ambas manos alrededor de su taza y bebió un sorbo.

—Nunca lo hubiera creído de John —dijo Lou.

La sorpresa atrajo la atención de Leo.

—¿Qué?

La mujer suspiró y sonrió.

—Tuvimos un comienzo bastante inestable. Fuimos juntos a la escuela, ya ves. Y no nos soportábamos. —Leo casi se atraganta—. Odio es una palabra fuerte, pero a veces lo odié.

Leo entendía perfecto.

—Si imaginas una versión más intratable de Declan, sabrás como fue John en su juventud. Si estábamos en clase juntos, discutíamos. A menudo nos tocaba trabajar juntos en los proyectos de clase y siempre terminaba con deseos de ahorcarlo.

Leo se rio y asintió.

—Algunas veces sigo sintiendo eso, no creas.

—Vaya, Declan se parece mucho a su padre. Y creo que su corazón tampoco es tan diferente.

Los ojos de águila de la mujer sondearon a Leo. No tenía sentido apartar la mirada, la mujer lo sabía. Sabía qué pollos se ponían mejor, qué nieto dejaba huellas de manos pegajosas en su pared y que Leo se había ido con Declan y habían regresado solos.

Tragó saliva y miró su café negro.

—Es difícil.

—John me dijo que me amaba un día después de que tuvimos una acalorada discusión. Quise apartar las palabras de sus labios. En realidad, lo hice. Le di una palmada en toda la cara que no se le ha olvidado hasta la fecha.

Se tiñó con un rubor rosado en sus redondeadas mejillas.

—No podía creer cómo sus palabras me habían impactado. No lo había visto venir.

Leo tampoco.

En realidad, después de su encuentro en el granero de Travis, ella lo había sospechado. Desafortunadamente, no había huido a tiempo.

—¿Qué hizo después de que lo abofeteó?

Lou se rio.

—Él me agarró y me besó. Estaba enojada al principio. Entonces me di cuenta de por qué estaba tan enojada, ni siquiera era con él sino conmigo misma por no verlo antes. Simplemente estábamos destinados a ser, sin importar cómo había comenzado todo.

—Vi la forma en que te miró desde el principio, Leo —dijo Lou en voz baja.

Su café chapoteaba en la taza. La Señora Anderson agarró una servilleta del soporte y secó lo que se había derramado.

—Cómo me miró?

—Nunca antes había visto esa expresión en la cara de Declan, pero la había visto en la de su padre.

—Declan me dijo que me quiere. —El asentimiento de Lou fue compasivo y Leo casi se rio de la idea—. Pero no estoy enojada conmigo por no haberlo visto venir antes, como usted con el señor Anderson. Estoy enojada conmigo misma porque se supone que soy vaquera dura del rancho, su ayudante, y he dejado que mis sentimientos de mujer desdibujen mi juicio.

—¿Entonces sientes lo mismo que él?

Leo se levantó tan rápido que el banco se tambaleó. Se apartó con más cuidado de la mesa y llevó su taza al fregadero.

—Tengo tareas que hacer. Gracias por la charla, Lou.

Con eso se despidió y dejó sola a la mujer que le había dado más consuelo que su propia madre.

Cuando abrió la puerta el viento la golpeó.

Se irguió, se cubrió el rostro con su sombrero, bajó la cabeza y salió a la tormenta.

El caballo de Declan estaba objetando su orden de ir contra el viento.

Tal vez por el polvo que se levantaba. Escaneando el horizonte, Declan decidió que tenía que llegar al campo superior donde habían colocado algunas vacas y terneros.

Con su cuerda en la mano, guio su caballo a un ritmo más rápido. El caballo sacudió la cabeza y Declan hundió los talones en los costados.

—¡Anda!

No tenía idea de qué haría si esos terneros no sobrevivían en ese pastizal alto puesto que solo podía llevar uno a casa en el caballo. Trataría de

reunirlos junto a un grupo de árboles y se sentaría con ellos.

Echando un vistazo al panorama, rezó para no ver a uno de sus hermanos cabalgando para hacer lo mismo. No vio a nadie, gracias a Dios. El clima no estaba lejos de ser violento y había aumentado rápidamente, lo que era una señal segura de peligro.

Al menos había visto a Leo entrar a la casa con su madre. Probablemente estaban juntas en la cocina, sanas y salvas. Una pequeña parte de su preocupación desapareció, pero no lo suficiente. No tenía idea de cómo arreglar las cosas con Leo. Él no debería haberse acostado con ella, pero maldito fuera si se arrepentía.

Mientras se acercaba al cercado, tiró de las riendas y vio que dos terneros se acurrucaban contra sus madres. Un tercero corría a lo largo de la valla. Usando su caballo, lo condujo hacia los demás. Luego fue a buscar el resto.

Demonios, ¿cuándo el viento se había vuelto tan espeso por el polvo?

Cabalgaba salvajemente, recogía ganado y los llevaba hacia un pequeño grupo de árboles donde podían capear lo que parecía una tormenta de polvo. Al menos tenía un pañuelo para atarse la cara hasta que pasara.

Uno de los terneros todavía tenía las patas demasiado tambaleantes para correr lo suficientemente rápido, por lo que tuvo que bajarse del caballo, echarlo sobre sus hombros y correr con él.

Una vez lo tuvo a salvo, levantó la vista hacia la nube negra que se agitaba en el campo.

Sí, era una tormenta de polvo.

No recordaba haber tenido una en el rancho, pero su padre les había contado muchas historias acerca de ellas. Perdieron muy poco ganado porque su propiedad tenía árboles y cobertizos donde podían esconderse.

Enderezándose, se metió dos dedos en la boca y silbó para llamar a su caballo, mientras el animal galopaba hacia él. Un destello a lo lejos hizo que el vaquero se girara.

Su corazón se detuvo.

El polvo y el terror lo ahogaban.

Leo. Él conocería a esa jinete en cualquier lugar. Había pasado semanas mirándola mientras rebotaba en su silla de montar, mientras fantaseaba con que ella lo montaba. Ahora iba galopando a toda velocidad hacia la casa.

Pero nunca lo lograría. La nube de polvo se movía demasiado rápido.

De un salto montó su caballo. Con el corazón corriendo mucho más

rápido que el animal, mantuvo a Leo en su punto de mira. O lo intentó.

El aire denso entre ellos lo hacía difícil.

—¡Leo!

Su grito fue inútil, ella estaba demasiado lejos incluso si todo hubiese estado en calma. Lo único que podía hacer era interceptarla. A juzgar por la dirección en que viajaba, acababa de llegar a uno de los potreros superiores. Iba a mover al ganado, lo mismo que él.

Se inclinó sobre su caballo y tronó hacia la mujer que amaba. Tenía que llegar a ella. No tendría la oportunidad de salvarse de todo ese polvo.

Su propia boca estaba seca por las partículas que ya se arremolinaban a su alrededor. A su caballo tampoco le estaba yendo bien, pero Declan no tenía otra opción.

Cuando llegó a menos de doscientos metros de ella, volvió a gritar. El viento le arrebató su voz, pero ella levantó la vista.

Su pecho se llenó de amor puro. Ella giró su caballo y cabalgó hacia él.

Agitó su brazo frenéticamente, haciendo un gesto hacia una zanja en la tierra. A menudo estaba llena de agua, pero a pesar de unas pocas lluvias en las últimas semanas, estaba seca en ese momento.

La pondría allí y la cubriría con su cuerpo.

Con suerte, los caballos podrían soportar lo peor si arrojaban mantas sobre sus cabezas.

Poco después ella llegó a su lado. La nube negra se estaba acercando. Declan se sacó el pañuelo del bolsillo y se lo anudó a ella en la cabeza para cubrirle la nariz y mientras lo hacía, sus ojos brillaron por el miedo.

—Baja y cubre tu cabeza.

—¡No, los caballos!

Tiró de la correa de la silla de montar para aflojarla. Luego sacó la manta de caballo bajo ella.

Maldita sea, sabía muy bien como ser una jodida ayudante de rancho. Definitivamente la iba a hacer su esposa, aunque no tuviera ni idea de cómo.

Condujeron a los caballos a la zanja y arrojaron las mantas sobre sus cabezas.

Declan levantó la vista y lo único que vio fue pura negrura...

A ciegas, agarró a Leo, la abrazó y enterró la nariz en su dulce cabello.

Si ella moría, al menos tendría a Declan a su lado. La negrura total los

rodeaba. La pena se mezcló con el alivio de que no estaba sola. El peso de Declan protegiéndola la consolaba.

Él entrelazó sus dedos con los de ella, se preguntó cuánto tiempo aguantarían así y el miedo le tapó la garganta. Así que se concentró en su respiración.

Declan no solo le había dado su único pañuelo. Le había dado mucho más: una oportunidad de pertenecer al rancho y, sobre todo, su amor.

Cinco minutos después, el mundo todavía era negro.

—Shh —siseó él—. No es tan grande. Confía en mí, estaremos bien.

Se abrazó más a Declan y esperó. Todo el tiempo trató de pensar en buenos momentos. Con su propia familia; con la familia de Declan; Lizzie, Andrea y los niños...

Rodando con Declan entre sus piernas, perdiéndose en su brillante mirada azul.

Ella giró la cabeza y dijo:

—Te amo.

Su gemido en respuesta le dijo que la había escuchado. Fue suficiente.

Cinco minutos más tarde, cuando abrió los ojos para echar un vistazo, el ambiente fue más ligero. El viento todavía soplaba fuerte, pero el polvo no era tan espeso. Debían de estar al borde de la tormenta. No podía esperar para llenar sus pulmones de aire puro y limpio y averiguar si los otros Anderson estaban bien.

Debió haberse tensado porque Declan murmuró:

—Está bien, cariño. Te tengo.

Bajando su mano alrededor de ella, ella se deleitó con su cercanía. Ahora que sabía que sobrevivirían, el futuro parecía bastante brillante.

—Claro que sí, Declan —respondió ella y le acarició la oreja con la nariz.

—Tienes la maldita suerte de que no fue tan rápida como la mayoría de las tormentas.

Travis abrazó a Declan y lo levantó en el aire.

Declan lo abrazó, pero no quiso apartar la mirada de Leo por demasiado tiempo. Habían regresado al rancho después de una hora en la zanja.

—Me alegro de no haber recogido a un hombre en el aeropuerto. Esto se vería muy incómodo —bromeó Declan, intentando aliviar el peso en su

pecho.

Todos soltaron una carcajada.

Los demás habían pasado la tormenta en la seguridad de sus casas con sus familias, pero en el momento en que la nube negra se fue, salieron corriendo para ver cómo estaban los demás y ver los daños en el rancho.

Habían muerto cinco animales, cosa que no era del todo malo, bien podrían haber sido más.

Leo se acercó Declan y deslizó su brazo alrededor de él. Travis la abrazó y la levantó en el aire.

—Vayan a la casa. Nosotros nos encargaremos de esto.

Declan no iba a discutir. Necesitaba estar junto a Leo en soledad y calma. En sus brazos, sobre ella, con su calor húmedo.

Ella tiró de su brazo y él la siguió. Fueron al único lugar donde podían estar solos: el barracón. Cuando ella cerró la puerta detrás de ellos, él abrió sus brazos y ella colapsó contra su pecho.

—Oh, Dios, cariño. Si no te hubiera visto a tiempo...

Ella enredó sus dedos en su pelo.

—Lo hiciste. Los dos estamos bien gracias a eso.

—Gracias a Dios —su voz sonaba irregular debido al polvo que había inhalado.

Se besaron y después continuaron caminando hacia el barracón. Cuando llegaron volvieron a besarse, pero ese beso fue más hambriento. Ella envolvió sus piernas alrededor de su cintura y cuando él la presionó contra el delgado colchón, se encontró con su mirada. La electricidad estalló entre ellos y él no pudo contener las palabras.

—Te amo, Leo.

—Yo también te amo —susurró—. Fui una tonta...

Él puso su dedo índice en los labios de ella.

—Lo único que importa es que ahora estamos juntos. Es una suerte que mi ayudante haya sido una mujer y que resultara perfecta para mí. ¿Qué más puedo pedir?

Ella se inclinó y lo besó.

La ternura sacudió su ser mientras deslizaba su lengua entre sus labios melosos. El polvo se había adherido a sus pestañas y le cubrió las pecas del puente de la nariz, pero aun así era la mujer más hermosa del universo.

—Dímelo otra vez, Leo.

—Estoy enamorada de ti, Declan, y te amo como solo una vaquera te

podría amar.

Con un gruñido, él se abalanzó y capturó su boca.

—¿Hacemos el amor aquí o en la ducha?

—No sé si pueda resistir a llegar a la ducha.

Él soltó una carcajada.

—Oh, mira sabes sonreír.

—Sí, cuando me burlo de ti.

Ella le dio un guantazo y después lo besó como si se le fuera la vida en ello.

Serie «Rancho Anderson»

Los Anderson tenían un ultimátum. O encontraban esposa o encontraban esposa.

¿Qué tan difícil podía ser? ¿Acaso no ponían a todas las chicas a babear por ellos?

Pues... estaban a punto de comprobarlo.





Travis no pensaba ir a la caza de una mujer, esas eran puras tonterías de sus padres. Era el siglo XXI y esas cosas ya no pasaban. Además, él no quería casarse. Claro que no.

O al menos ese era su plan hasta que el destino lo cruzó con «ella» y nada volvió a ser igual.

Elizabeth solo quería huir lejos de su pasado y empezar de nuevo. Pero en sus planes no estaba quedarse atrapada en el rancho donde se fabricaban los vaqueros más guapos de Texas, ni mucho menos ser el "proyecto esposa" de Travis Anderson.

¡Necesitaba huir y pronto!

Disponible [aquí](#)



Josh no podía creer lo que estaba a punto de hacer. No solo era una estupidez si no que un delito. Pero necesitaba una esposa y una casualidad había llevado a Andrea hasta él.

Seguramente las mujeres se domaban igual que los caballos. En lugar de una zanahoria, pondría un diamante y listo. Trato cerrado.

Andrea había llegado a los Estados Unidos con muchas ilusiones. Hasta que Josh Anderson se atravesó en su camino con su sonrisa bonita, una propuesta de matrimonio y ese maldito ego de vaquero.

Ella se casaba a cambio de la ciudadanía y él heredaba su tierra. Era un buen trato; a menos que no soportara los hombres mandones y ella, definitivamente, no los soportaba.

Disponible [aquí](#).



Leo no había mentido, solo se había valido de su nombre para meterse en el Rancho Anderson sin especificar que era una mujer.

Pero ¿qué más daba? No iba a dejar que la menospreciaran, mucho menos ese estúpido «bebé Anderson»

Declan por fin tendría un camarada que le ayudara en el rancho. Dejaría de ser el único soltero. Estaba encantado, hasta que se topó con Leo... que de hombre no tenía nada.

Sobre su cadáver iba a dejar que una niñita rica jugara a la vaquera en su rancho.

¡Necesitaba un ayudante no una mujer que le hiciera la vida imposible!

Disponible aquí.

Contacto de la autora

Espero, de todo corazón, que hayas disfrutado de Alex y Libby tanto como yo.

Además, si esta historia te gustó, te invito a que le eches un vistazo a mis otros libros.



Y si no te quieres perder mis próximos lanzamientos no olvides seguirme en [Facebook](#) o escribirme a evriver@outlook.com.

Un abrazo enorme y un beso.

¡Gracias por leerme!

Eva River